

Historia de la vida cotidiana en México

Dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru



V

Siglo XX.

La imagen,

¿espejo de la vida?

Volumen 2

Coordinado por Aurelio de los Reyes



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA EN MÉXICO

Dirigida por
PILAR GONZALBO AIZPURU

Tomo V
Volumen 2

SIGLO XX. LA IMAGEN, ¿ESPEJO DE LA VIDA?

El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica
agradecen el apoyo brindado por el
Instituto Nacional de Antropología e Historia
para esta edición

EL COLEGIO DE MÉXICO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA EN MÉXICO

Tomo V

Volumen 2

SIGLO XX. LA IMAGEN, ¿ESPEJO DE LA VIDA?

AURELIO DE LOS REYES

coordinador



EL COLEGIO DE MÉXICO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México

Primera edición, 2006
Segunda reimpresión, 2012

917.2521
H67326

Historia de la vida cotidiana en México : tomo V : volumen 2 : Siglo xx. La imagen, ¿espejo de la vida? / Aurelio de los Reyes, coordinador. — México : El Colegio de México : Fondo de Cultura Económica, 2006.

v. : il., fot. ; 21 cm. — (Sección de Obras de Historia).

ISBN 978-968-12-1086-1 (Colmex, obra completa)

ISBN 978-968-12-1092-2 (Colmex, tomo V, volumen 2, empastado)

ISBN 978-968-12-1106-6 (Colmex, tomo V, volumen 2, rústico)

ISBN 978-968-16-6828-0 (FCE, obra completa)

ISBN 978-968-16-8150-0 (FCE, tomo V, volumen 2, empastado)

ISBN 978-968-16-8151-7 (FCE, tomo V, volumen 2, rústico)

1. Ciudad de México (México) — Vida social y costumbres. 2. Etnología — México — Ciudad de México. 3. Espacios públicos — México — Ciudad de México. 4. Ciudad de México (México) — Civilización. 5. Ciudad de México (México) — Historia. I. de los Reyes, Aurelio, coord.

Distribución mundial

Investigación iconográfica de Ernesto Peñaloza y los autores
Asistente de fotografía: José Manuel Saavedra

DR © 2006, El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20, 10740, México, D. F.
www.colmex.mx

DR © 2006, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14738, México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
editorial@fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-968-12-1086-1 (Colmex, obra completa)
ISBN 978-968-12-1092-2 (Colmex, tomo V, volumen 2, empastado)
ISBN 978-968-12-1106-6 (Colmex, tomo V, volumen 2, rústico)
ISBN 978-968-16-6828-0 (FCE, obra completa)
ISBN 978-968-16-8150-0 (FCE, tomo V, volumen 2, empastado)
ISBN 978-968-16-8151-7 (FCE, tomo V, volumen 2, rústico)

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Impreso en México • *Printed in Mexico*

CONTENIDO

Presentación, 9
Aurelio de los Reyes

1. La Ciudad de México en los albores del siglo XX, 11

El escenario, 11; El día, 21; El despertar, 21;
El movimiento de la ciudad y el transporte colectivo, 23;
La gestación de la entropía urbana y de otros problemas, 27; La ciudad del consumo y de los múltiples servicios, 32; Las diversiones públicas, 36; La noche, 39
Judith de la Torre Rendón

2. La historieta, mirilla de la vida cotidiana en la Ciudad de México (1904-1940), 49

Socialización, 50; Roles sociales, 50; Roles de género, 54; El entorno doméstico, 60;
La vivienda, 60; La comida, 64; El ocio, 67; Toros y deportes, 67;
De la fiesta al vacilón, 73; Fiestas religiosas, 75; Espectáculos, 78
Thelma Camacho Morfin

3. Imágenes y representaciones de la niñez en México a principios del siglo XX, 83

Introducción, 83; La vida cotidiana infantil vista desde la prensa capitalina, 86;
La “inocencia” infantil, 87; La publicidad médica, 93; El reportaje policiaco y la militarización de la infancia, 97; Los niños marginados, trabajadores y revolucionarios, 102;
Consideraciones finales, 111
Alberto del Castillo Troncoso

**4. Casa, vestido y sustento. Cultura material
en anuncios de la prensa ilustrada (1894-1939), 117**

“Dime qué tienes y te diré quién eres”, 117; La casa y sus habitantes.
La familia, pilar de la sociedad, 121; Espacios interiores, muebles y aparatos modernos, 130;
Costumbres y diversiones familiares, 142; Pasear por las calles de la ciudad, 147

Julieta Ortiz Gaitán

**5. De la tecnología al orden doméstico en el México
de la posguerra, 157**

Consideraciones iniciales, 157; Gas y petróleo desplazan al carbón, 158;
Las molestias del baño, 162; Los electrodomésticos, 163; Fuera de casa, 170;
La popularización del pollo, 173; Conclusión, 174

Álvaro Matute Aguirre

6. Fotografías de la educación cotidiana en la posrevolución, 177

Rebeca Monroy Nasr

**7. Momentos y modelos en la vida diaria. El fotoperiodismo
en algunas fotografías de la Ciudad de México, 1940-1960, 229**

Las imágenes en la vida cotidiana, 229; La cotidianidad y sus sentidos, 230;
Fotoperiodismo en imágenes, 232

Maricela González Cruz Manjarrez

8. Crimen y castigo:

la disfunción social en el México posrevolucionario, 301

Medios y vida cotidiana en la prensa, 301; El impacto de la Revolución en la vida
de las mujeres, 302; Carlota Beck y el honor masculino, 302; Magdalena Jurado, 302;
Alicia Olvera, madre y autoviuda, 311; Esther Rivera y el miedo a la miseria, 312;
Sara Perea y la infidelidad femenina, 313; La figura materna y la rearticulación
del núcleo familiar, 314; El 10 de mayo, 316; En el cine, 319;
Allá en el Rancho Grande y la desarticulación familiar, 319; El sentido del honor femenino, 323;
El sentido del honor masculino, 323; *México de mis recuerdos* o la ausencia de la madre
y el sentido del honor, 326; Endogamia, 332; *Cuando los hijos se van*
o la esclavitud doméstica, 333; Una clase media deprimida, 337; En la televisión (epílogo), 340

Aurelio de los Reyes

Fichas técnicas de ilustraciones, 345

Índice analítico, 355

PRESENTACIÓN

LA IMAGEN DETERMINA, CON MUCHO, la articulación del presente tomo porque la fotografía, conquista de la ciencia del siglo XIX, que alcanzara la plenitud de su expresión en el siglo XX, “constituye ya una parte de la vida diaria. Se ha incorporado de tal manera a la vida social que, a fuerza de verla, ya no se la ve”.¹ A su vez, se recurre a ella con objeto de mostrar su capacidad para captar la vida cotidiana.

A las imágenes mecánicas de la primera mitad del siglo XX las domina la estética del blanco y negro, de la misma manera que a su epígono, el cinematógrafo, de ahí que este tomo se visualizara en esa dualidad, para ofrecernos hombres y mujeres de luz y sombra, porque “cada periodo de la historia tiene sus propios medios de expresión”.² El color, como complemento, se utiliza en los ensayos en los cuales se hace imprescindible, como los que se ocupan de las etnias, agrupados en el tomo precedente, para mostrar la riqueza de su sensibilidad con respecto a las tonalidades vigorosas y contrastantes.

Asimismo se ofrece una extraordinaria gama de posibilidades de uso de la fotografía en relación con la cotidianidad, en la que ya se ha incrustado:

En las calles de cualquier ciudad del mundo la mirada resbala casi maquinalmente de un reclamo fotográfico a otro. Luce con vivos colores en los muros de las casas; atrae la vista hacia las columnas de publicidad; adorna las vitrinas de los establecimientos; se halla fijada en el subterráneo, en los tranvías. Se la encuentra al abrir una caja de cigarrillos o de chocolates.³

con lo que se convirtió en un magnífico documento, con el cual no contó la historiografía anterior al primer tercio del siglo XIX.

AURELIO DE LOS REYES

¹ FREUND, 1946, *La fotografía como documento social*, Buenos Aires, Losada, p. 11.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

LA CIUDAD DE MÉXICO EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX

JUDITH DE LA TORRE RENDÓN

*Facultad de Filosofía y Letras,**Universidad Nacional Autónoma de México*

EL ESCENARIO

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX, LA CIUDAD DE MÉXICO ERA RECONOCIDA, con orgullo, por gran parte de sus habitantes como una de las pruebas más fidedignas del rápido avance que el país experimentaba hacia la modernidad. La fe en el progreso que imperó durante la larga administración de Porfirio Díaz afectó no sólo la planeación y ejecución de las políticas urbanas sostenidas por los gobernantes, sino también las actitudes, las costumbres y el comportamiento de los capitalinos en los espacios y en el uso de los servicios públicos. Así, el progreso fue el fin determinante que rigió la sociedad. Sin embargo, para alcanzarlo, el Estado requirió una base: el orden, con todo y sus contundentes significados.

Estas firmes convicciones influyeron en la selección de aquellos conceptos urbanísticos estimados como los más idóneos para el diseño, crecimiento y mantenimiento de la metrópoli. Como una obsesión por ser igual a las naciones europeas, México se propuso imitar los modelos de urbanización de ciudades como París, Londres y Madrid, los cuales habían sido formulados y seguidos desde el siglo XVIII e, incluso, ya se habían intentado implantar desde mediados de ese mismo siglo en la Nueva España, bajo la dominación de la monarquía española de los Borbones. Sin embargo, la guerra de independencia y la consecuente inestabilidad nacional durante el siglo XIX impidieron que el plan se concretara. Si bien desde la década de los noventa de esa centuria comenzaron a ejecutarse varios proyectos urbanos como reflejo de la consolidación del régimen porfirista, no fue sino hasta 1900 cuando se incrementó este tipo de trabajos guiados por los objetivos de regular y mantener: i] la libre circulación tanto de agua y viento como de vehículos y transeúntes, ii] la higiene, iii] la iluminación con luz solar y con electricidad, iv] los espacios con funciones específicas, v] las zonas arboladas, vi] la funcionalidad, vii] la comodidad, viii] el buen gusto y ix] el lujo.

Situada a una altitud de 2 266 m en el Altiplano mexicano, la Ciudad de México se mantuvo como polo de atracción y primordial centro administrativo de toda la República durante ese periodo. Cabe recordar que era la municipalidad más importante de las 13 que conformaban el Distrito Federal y que, por lo tanto, era el punto al que confluían por diversas razones los pobladores de las municipalidades restantes: Guadalupe Hidalgo, Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Coyoacán, Tlalpan, Xochimilco, Mixcoac, San Ángel, Cuajimalpa, Milpa Alta e Iztapalapa.¹ Al considerar que estaban muy apartadas del centro capitalino, la gente de aquel entonces se refería a ellas como “los alrededores de México”. La superficie total del Distrito Federal era de 152 910 ha. De acuerdo con el censo de 1895 contaba con 476 433 habitantes, de los cuales 329 774 vivían en la ciudad; en 1900, la población total de los municipios había aumentado a 541 516, mientras que la de la ciudad registraba 344 721. El mayor incremento se produjo en 1910: 720 753 pobladores en el Distrito Federal y 471 066 en la ciudad.

Asimismo, la superficie de la capital de la República aumentó rápidamente durante el régimen porfirista. Como consecuencia de la crisis nacional decimonónica, el crecimiento de la ciudad había sido mínimo, por no decir casi nulo. En 1858, su extensión territorial abarcaba 8.5 km²; en 1900 la expansión urbana ya había alcanzado los 27.7 km² y, para 1910, los 40.5 km².

Esta situación se debió, en gran medida, al ferrocarril pues éste permitió activar la industria y otros sectores de la economía metropolitana. La ciudad era el punto de confluencia de toda la red ferroviaria del país. El ferrocarril era el medio de transporte por el que la ciudad recibía materias primas, se trasladaban manufacturas hacia casi todo el territorio nacional y se facilitaba el rápido e ininterrumpido arribo de muchos visitantes o de quienes llegaban para quedarse, procedentes, sobre todo, de los estados de Hidalgo, Puebla, Querétaro y Guanajuato.

Ante las nuevas condiciones de crecimiento se ampliaron barrios y colonias, al tiempo que la fundación de otras zonas habitacionales se hizo una práctica constante. Más temprano que tarde “los alrededores de México” dejarían de serlo y la mancha urbana se desbordó hacia los cuatro puntos cardinales. La ciudad comenzó a extenderse primero hacia el poniente, donde se construyeron residencias para los grupos privilegiados; después hacia el norte, el noroeste y el oriente, debido a la demanda de vivienda por parte de la clase obrera, y finalmente hacia el sur y el suroeste, donde, en un principio, las clases populares ocuparon terrenos, aunque paulatinamente surgieron nuevos fraccionamientos para las clases media y media baja. Aunado al crecimiento poblacional, la aparición en el escenario urbano de nuevas zonas habitacionales fue el resultado de la política liberal que promovía la colonización² y la propiedad privada. Este mensaje fue interpretado por la mayoría de los fraccionadores y compradores de lotes y construcciones como la gran oportunidad para realizar negocios especulativos

en bienes raíces y no como la posibilidad de responsabilizarse y especializarse en actividades urbanísticas, ya que ésta no era su meta. Únicamente llegaron a donar terrenos para plazas, iglesias, mercados o escuelas, y a proporcionar servicios como electricidad, abastecimiento de agua potable, instalación de cañerías y pavimentación de las calles cuando recibieron subsidios gubernamentales, lo que sólo ocurrió en la construcción de las zonas destinadas a la gente de alto nivel socioeconómico.

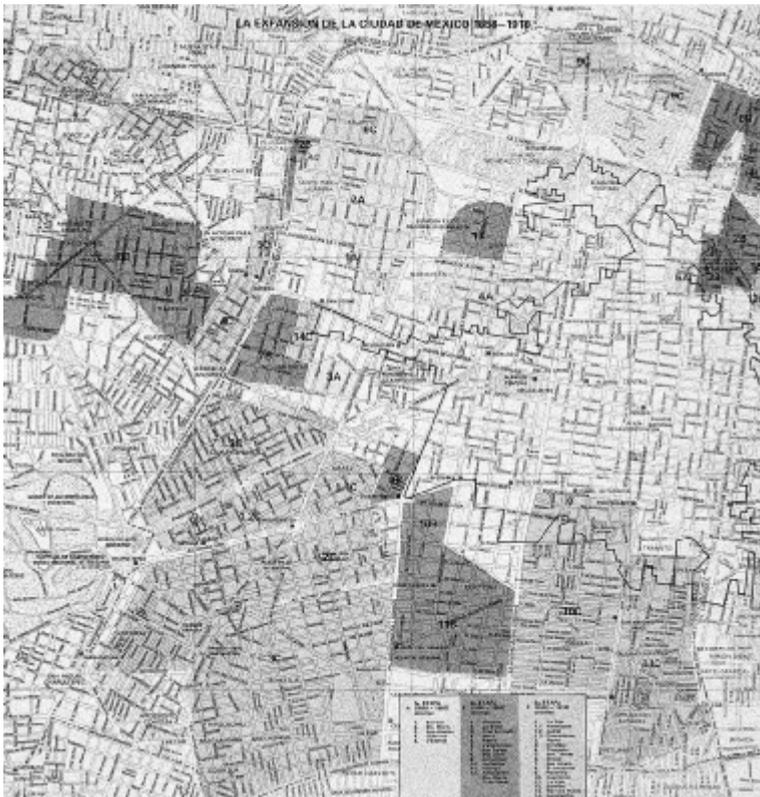
Es bien sabido que a medida que creció la ciudad también fueron aumentando sus problemas, por lo que el alcance de los fines urbanísticos propuestos se convirtió en una probabilidad muy remota. Sin embargo, durante los últimos 10 años del régimen de Díaz se difundió, por medio de la prensa, que se habían obtenido los mejores resultados. En realidad, el balance sólo arrojaba beneficios en aquellos lugares donde residían las clases más acomodadas y los extranjeros, como estadounidenses, franceses y españoles. Por su parte, esta minoría privilegiada compartía el optimismo de vivir en una urbe moderna; se congratulaba, por ejemplo, de que en sus fraccionamientos ya no sería tan común ver “los postigos mudos, telarañosos y apollillados”,³ ni percibir el hedor a humedad, a agua estancada y a mugre que caracterizaban al centro. Asimismo, se sintieron más seguros en ellos, pues creyeron que al destinarles un mayor número de gendarmes disminuirían las posibilidades de ser víctimas de la delincuencia capitalina. Aún más, tanto las autoridades porfiristas como este grupo consideraron que se había logrado el objetivo de ordenar y clasificar cada uno de los barrios y cada una de las colonias de acuerdo con la jerarquización social imperante. En otras palabras, ya no tendrían que convivir en el mismo espacio habitacional los de arriba y los de abajo. Esto significó para los primeros ratificar su estatus social, pero tanto para unos como para otros, esta demarcación despertó un sentimiento de identidad, el cual se tradujo en sentir orgullo de pertenecer a una determinada comunidad y, por lo tanto, de creerse distinto a los demás. De esta forma, la mayoría de los fraccionamientos y barrios adquirieron algún rasgo distintivo con el que cotidianamente se identificaban a sí mismos y con el que eran identificados por otros habitantes de la ciudad. Ante esta diversidad, a la vieja “ciudad de los palacios” algunos decidieron llamarla también la “ciudad de los contrastes” o la “ciudad mixta”.

En particular, durante aquellos años, se insistió en las cualidades de la ciudad que emergía

en ese poniente que, por misteriosa virtud es el lado fecundo de todas las ciudades modernas, ha brotado la ciudad nueva, la coqueta, la elegante, la cosmopolita, la que no ostenta caracteres genuinos, la de calles asfaltadas y bordadas de villas, que aquí y acullá recuerdan un rinconcito de París, o de Viena, o de Berlín, o de cualquier sitio, porque la parte nueva de las ciudades va asemejándose cada día más, como si los hombres quisieran fraternizar en

el aspecto de sus residencias, ya que, por desgracia, no han podido hacerlo en la índole de sus sentimientos y de sus aspiraciones.⁴

Aún más, con la convicción de que lo occidental siempre representaba lo más avanzado de la civilización, en la prensa se aseguraba que tal era el destino de aquel punto cardinal de la metrópoli. En otras palabras, se le estimaba como el espacio donde predominaban “otras calles, otras gentes, otros ruidos, otros silencios, otros olores y otros colores”.⁵ Al considerar que ahí siempre debía imperar el orden se cuidaba que la traza de las calles fuera perfectamente recta y proporcional. Situación muy distinta a la que prevaleció en los asentamientos de las clases populares que nacieron, crecieron y se multiplicaron de manera irregular a pesar del control e, incluso, de la prohibición del gobierno municipal. El proceso de fundación y construcción de colonias y barrios fue el que a continuación se describe.



La expansión de la Ciudad de México, 1858-1910.

En lo que se conocía como el Ejido de la Horca, en las cercanías de la Alameda Central, la colonia de los Arquitectos se convirtió, en 1859, en uno de los primeros fraccionamientos que aparecieron en el poniente de la ciudad, aunque su terminación se registró hasta la década de 1880. Estuvo destinada a los arquitectos y estudiantes de arquitectura de la Academia de San Carlos. Si bien algunos de ellos se establecieron allí, en realidad fue habitada por comerciantes, militares de alto rango y profesionistas,⁶ es decir, por integrantes de las clases media y alta.

Durante el siguiente decenio se creó, también en el poniente, la colonia Santa María la Ribera, que albergó, sobre todo, a comerciantes y abogados de la clase media. Fue una de las colonias en la que sus vecinos siempre proclamaron con orgullo su adscripción habitacional y constantemente aparecían sus fotografías en la prensa ilustrada. La colonia colindaba con la Guerrero, que había sido trazada en 1862 en terrenos de los panteones de Santa Paula y de San Andrés —aunque su delimitación definitiva se produjo entre 1873 y 1874—, y que se caracterizaba por ser un vecindario en su mayoría obrero. A principios del siglo xx, ambos fraccionamientos ya sumaban un considerable número de vecinos.

En la década de 1880 aparecieron las colonias Violante y Morelos, en el barrio de Tepito. Ambas se distinguieron, desde su fundación, por ser cuna de maleantes. Estas colonias se contaron entre las pocas que empezaron a crecer en la parte noroeste de la ciudad. Más bien, ésta continuó su expansión hacia el poniente con importantes y prestigiosas zonas habitacionales, como la colonia Francesa o Nueva Francia, ubicada entre lo que después se denominó Avenida Juárez, San Juan de Letrán y Bucareli, o como la San Rafael, fraccionada entre 1891 y 1892 en la Hacienda del Cebollón.

La década de 1890 se caracterizó por el surgimiento de un mayor número de asentamientos correspondientes a los estratos populares. Entre ellos, la colonia Santa Julia, establecida en la municipalidad de Tacuba alrededor de 1895. De esta forma empezaron a tocarse, a fusionarse, la ciudad y sus alrededores. Si en algún momento Santa Julia adquirió fama, se debió a que a ella pertenecía “El Tigre”, un astuto delincuente que fue atrapado por la policía mientras cumplía con sus deberes fisiológicos. Entre otros espacios ocupados por clases bajas se encontraban, en el lado oriental, la Maza o de la Vaquita; al norte la Peralvillo; al noreste, La Bolsa, que albergaba a ladrones y prostitutas, y la Díaz de León; al este, la Valle Gómez, entre la Calzada de Guadalupe y Río Consulado, y al sureste, la Progreso de la Viga. En el sur se establecieron el Cuartelito o la Escandón, para obreros, la Hidalgo, situada muy cerca de la antigua Calzada de la Piedad, y la Indianilla (hoy colonia de los Doctores), que estuvieron destinadas a empleados públicos y trabajadores de los tranvías, y la Obrera, en la que vivían artesanos y albañiles. En la mayoría de estos barrios se concentraron una infinidad de pequeñas viviendas donde se hacinaban numerosas familias. A muchos

de ellos se les identificaba como “arrabales instantáneos”, debido a la rapidez con que se producían los asentamientos humanos. En ellos se podían encontrar cúmulos de basura por doquier.

En los primeros años del nuevo siglo se continuó con el fraccionamiento de espacios destinados a las élites política y económica, las cuales compraron extensos terrenos y edificaron majestuosas mansiones. Para esos momentos se volvió una obsesión vivir en puntos colindantes o lo más cercano posible al Paseo de la Reforma, el más importante de aquel entonces. En 1902 aparecieron tanto la Condesa como la Roma, ésta dividida en Norte y Sur. Dos años más tarde, el abogado Rafael Martínez de la Torre fundó la Cuauhtémoc en terrenos correspondientes a la Hacienda de la Teja y, en 1906, surgió la Juárez. En particular, en estas nuevas colonias se copiaron los principios urbanísticos y arquitectónicos de Francia con objeto de convertirlas en lo más exclusivo de la ciudad. En el caso de la Roma Sur, la compañía de terrenos de la Calzada de Chapultepec anunciaba en la prensa la venta de lotes, con lo que promovía, aparte de una especulación segura y atractiva, un fraccionamiento que contaba con saneamiento perfecto, agua abundante, calles asfaltadas, hermosos parques, amplias banquetas, árboles y jardines.

Si bien el surgimiento de colonias residenciales hacia el poniente se mantuvo desde finales del siglo XIX hasta los primeros años del XX, es bien sabido que aparecieron más barriadas en la medida que, al avanzar el siglo, aumentó el número de inmigrantes procedentes del campo, quienes, como siempre, abandonaban sus tierras con la ilusión de encontrar alguna actividad económicamente más redituable en la urbe y así mejorar su miserable situación. El distrito oriental, que rodeaba el lago de Texcoco, recibió el mayor número de individuos y, por lo tanto, se convirtió en uno de los más hacinados de la ciudad. Aparte de las consecuencias que esto implicaba



Vistas de la Ciudad de México.

para la calidad de vida, afloraron otros problemas. Uno de ellos radicó en que a los vecinos se les hizo costumbre oler los miasmas de aguas pútridas, resultantes de “la gran cantidad de estanques subterráneos de aguas fecales”,⁷ lo que provocaba un alto índice de enfermedades infecciosas, principalmente gastrointestinales. Otro más consistió en las repetidas polvaredas ocasionadas por la desecación del lago, proceso que se venía produciendo desde siglos atrás, y que se habían agudizado a raíz de las obras de desagüe realizadas por la administración porfirista. En consecuencia, aparecieron llanos áridos tequesquitosos⁸ y, aunque ello afectó con gran frecuencia y severidad aquella zona, el mal se extendía por casi toda la ciudad durante los meses de febrero y marzo a raíz de los vientos característicos de esta temporada, por lo que hasta las residencias más lujosas, las caras y las ropas de todos los capitalinos se llenaban de un fino polvo amarillento.

Cabe subrayar que, a lo largo de este proceso de urbanización, la atención que el gobierno municipal daba a los diferentes fraccionamientos era muy desigual. A la mayoría de las colonias populares no se les dotó de agua, alumbrado o limpieza de calles. Los mejores servicios se destinaron a las demarcaciones donde vivían las clases acomodadas. Esto fue más evidente en las obras de saneamiento referentes tanto al drenaje de



Del campo a la ciudad.

aguas negras como al abastecimiento del líquido potable. En el primer caso, baste recordar la resonancia que tuvo en aquellos tiempos la inauguración del desagüe general del Valle de México, concebido como la solución a las constantes inundaciones de la ciudad, que se producían sobre todo en la temporada de lluvias en las calles céntricas y a causa del desbordamiento de los diferentes ríos y sus afluentes que atravesaban o circundaban el Distrito Federal.⁹ Las aguas estancadas ocasionaban malos olores, aunque no tan severos como los producidos en las inmediaciones del lago de Texcoco. Esta importante obra de infraestructura comenzó a construirse en la última década del siglo XIX y fue inaugurada el 17 de marzo de 1900, con gran despliegue publicitario en toda la prensa.

Este canal de desagüe partía de la garita de San Lázaro, al oriente de la capital, pasaba por la serranía de Guadalupe y por el lago de Texcoco. De ahí continuaba hacia el lago de San Cristóbal Ecatepec, hasta la orilla del poblado de Zumpango. La longitud del canal era de 47 580 m. En los primeros kilómetros su profundidad era de 5.5 m, mientras que en los últimos alcanzaba los 20.5 metros. Tenía una capacidad de 18 m³ de agua por segundo. A lo largo de su trayecto se fueron construyendo puentes, acueductos, carreteras, viaductos, etc. A pesar de la infraestructura, el problema de las inundaciones no desapareció,¹⁰ por lo que todos los estratos sociales continuaron padeciéndolo, aunque no fue tan grave ni tan frecuente para los vecinos de las exclusivas zonas habitacionales.

En cambio, a éstos sí se les volvió cotidiano el abastecimiento de agua potable por medio de tuberías. Para ello se requirió el uso de nuevos mantos acuíferos, debido a que los antiguos manantiales de Chapultepec, del Desierto de los Leones y de Santa Fe ya no alcanzaban a abastecer a la creciente población. En consecuencia, la ciudad aprovechó, desde 1905, los manantiales de Xochimilco, considerados como de suprema calidad y, a partir de 1908, también recibió las aguas de los manantiales de la Noria. Los gobiernos que siguieron a la caída de Díaz continuaron con este tipo de obras hidráulicas. En abril de 1912 se empezó a bombear agua procedente de Nativitas y de Santa Cruz hacia una planta instalada en la Condesa. A raíz de esto aumentó considerablemente la presión en las casas, a la par que permitió que en las mejores colonias se garantizara el suministro a fuentes y jardines públicos y que se pudieran instalar tomas de agua para incendios.

No hay que olvidar que estos servicios públicos tendieron a cumplir dos funciones. La prioritaria era remediar los problemas de salud pública, algo difícil de alcanzar mientras persistiera una distribución inequitativa para toda la metrópoli. Por otra parte, se estimuló cada vez más la higiene entre las clases alta y media alta. Saber que el agua llegaba todos los días a su hogar les aseguraba un baño matinal o nocturno; situación muy diferente de la que vivían las clases inferiores, que sólo mojaban su cuerpo

de vez en vez en un baño público, dependiendo de que hubiera un excedente de su presupuesto,¹¹ o cuando los atrapaba un aguacero en los meses lluviosos. Algo que sí les caía a diario eran las críticas de los de arriba, que no se cansaban de gritarles con desprecio: “¡mugrosos!”.

Si la obtención de agua potable era una posibilidad muy remota para los sectores más bajos de la ciudad, el teléfono era inimaginable. Sólo unas cuantas familias de la clase alta podían presumir de contar con uno de estos novedosos aparatos que acortaba las distancias y permitía alargar las conversaciones entre la parentela, los amigos e incluso los vecinos de la misma cuadra, y hasta del mismo edificio en que se vivía, aunque también se podían entablar contactos tan lejanos como entre la capital y la ciudad de Toluca en el Estado de México. A pesar de que el acceso a las líneas telefónicas estaba limitado, éstas se extendieron rápidamente. Al inicio del siglo xx, en toda la República había 9 000 km de tendido, de los cuales 3 000 km correspondían al Distrito Federal.

Contar o no con alguno de estos servicios públicos era tan sólo una de las tantas formas en que se marcaba la diferencia entre las clases sociales. Otra más radicaba en el tipo de actividades cotidianas que realizaba cada una de éstas en los diferentes escenarios de la Ciudad de México. Durante el régimen porfirista, como resultado de la transición de una economía preindustrial a una industrial, el trabajo se había convertido en un valor muy apreciado. En la prensa periódica se repetían frases como “México trabaja” o “La ciudad que trabaja” e, incluso, en las ediciones dominicales de *El Mundo Ilustrado*, uno de los órganos más importantes de aquellos años, aparecían fotografías tanto de propietarios como de empleados u obreros en sus centros laborales, las cuales proyectaban paz, armonía y progreso. A esto se sumaban los artículos en que se enfatizaba que el trabajo dignificaba al hombre o en los que se argumentaba que “en las metrópolis la intensidad del trabajo es mayor porque la competencia, con su poderosísimo aguijón, impulsa a los hombres a multiplicar sus esfuerzos para poder triunfar y vivir”.¹²

Así pues, a principios del siglo xx ya estaba bien definido que el trabajo era la actividad cotidiana predominante de la nación y, por ende, se había erigido en la reguladora de tiempos y posibilidades para practicar cualquier otra actividad, por ejemplo, el consumo de bienes y servicios, la convivencia social, la diversión o la cultura. Sin embargo, los ritmos y cambios de rutina diferían de acuerdo con la posición social. La mayor parte de la vida de las clases más bajas transcurría en la vendimia, el trabajo doméstico o fabril. Por lo general, los grupos medios trabajaban de lunes a sábado, bajo estrictos horarios, y efectuaban con cierta regularidad acciones relacionadas con el esparcimiento. Finalmente, los estratos más altos orquestaban el trabajo de los otros y se divertían casi a diario. En fin, el trabajo influía en cada acción realizada tanto en el día como en la noche.

EL DÍA

El despertar

La hora de levantarse para cada persona dependía de su pertenencia a determinado grupo social, de sus responsabilidades laborales o domésticas o de si su domicilio se localizaba en la periferia o en la ciudad. Como se decía líneas atrás, la mayoría ajustaba sus tiempos conforme a las exigencias del trabajo. Por lo general, la rutina de la metrópoli comenzaba entre las cinco y las seis de la mañana.

En lugares como Mixcoac y San Ángel, considerados entre los alrededores de la Ciudad de México, las mujeres indígenas ya estaban en pie desde antes de las cuatro de la mañana, pues tenían que moler y amasar el maíz y preparar las tortillas. Después se dirigían a cortar y llevar la leña, así como a acarrear el agua. Terminadas estas labores, realizaban faenas agrícolas o se trasladaban a la ciudad con el propósito de ofrecer, entre otros productos del campo, sus ramilletes de flores o sus canastos de legumbres, ya fuera de puerta en puerta o en los mercados.

Por su parte, en la ciudad, los trabajadores urbanos tenían que levantarse a las cuatro o cinco de la mañana para cumplir con jornadas laborales de 14 a 16 horas, seis o siete días a la semana. Algunos vivían muy cerca de sus centros de trabajo, por lo que disfrutaban de unos minutos más de sueño, pero otros tenían que recorrer distancias considerables, lo que los obligaba a madrugar. Esta misma obligación la compartían los empleados domésticos o las amas de casa de las clases medias.

En una situación muy distinta se encontraban todos aquellos que no debían cumplir con responsabilidad alguna, por lo que abrían los ojos después de las nueve o 10 de la mañana.

Al despertar, aun en lo más recóndito de la privacidad del hogar, la ciudad irrum-pía con sus múltiples sonidos, con toda su movilidad. Los primeros ruidos propios del interior de la mayoría de las casas y departamentos se sumaban, se mezclaban con los procedentes del exterior, a veces insoportablemente molestos, pero que a fuerza de oírlos de manera repetida, los ciudadanos, tarde o temprano, se acostumbraban a ellos. Había sonidos que se reproducían en todos los ámbitos del Distrito Federal, mientras que otros eran propios de una determinada zona.

No importaba si se vivía en una zona residencial, en un barrio popular o, incluso, en los pueblos de los alrededores de la ciudad, ya que casi todos los vecinos de estos lugares compartían el mismo despertar con el canto del gallo, el tañer de las campanas de parroquias e iglesias, que llamaban al tiempo espiritual, el alboroto de “cocas”, canarios, jilgueros, tezontles y otros pájaros, y los estrepitosos aullidos y ladridos de los perros.

En cuanto a las peculiaridades sonoras, la lista de referencias sería copiosa. En varios sitios se percibía cuando las calles eran barridas por quienes fueron detenidos el día anterior por faltas leves y que eran escoltados por gendarmes encapotados. Entre otros ejemplos más se pueden citar los de los colonos de la Guerrero y la Santa María la Ribera, quienes, por residir muy cerca de las vías del ferrocarril, podían escuchar desde la madrugada el silbato de la máquina que les recordaba que estaban enganchados al progreso, tal como pregonaba el presidente Porfirio Díaz. Por otra parte, en sitios habitados por la clase media baja, las vivencias auditivas de las seis de la mañana podían ser como las descritas en una crónica de *El Mundo Ilustrado*:

Atraron el aire los silbatos de las fábricas, de los talleres. Se oían charlas de mujeres que picoteaban en el mercado vecino, cloquear de aves de corral, que, en manojos, colgando las cabezas congestionadas, presagiaban el sacrificio. El cojo de los periodicos, repicando secamente con su pata de palo sobre las baldosas del embanquetado, voceaba la prensa del día; las vacas de la ordeña, mugiendo como si les doliese algo, atravesaban la bocacalle; el jaletinero, a fuerza de pregonarla, realizaba su mercancía, una substancia gelatinosa roja, amarilla o blanca, encerrada en vasos de cristal opacado por el roce de millares de bocas, y a lo lejos, rompiendo a intervalos la algarabía de la calle, una murga wagneriana anunciaba al vecindario la apertura de un nuevo “expendio de carnes” con los acordes de un pavo obligado a tambora.¹³

En el relato de un visitante extranjero se decía que desde las primeras horas de la mañana aparecían en la calle los vendedores de café negro, quienes por su puntualidad proverbial podían “servir de reloj a los habitantes de los barrios en que ejercen su negocio”.¹⁴

Como se puede observar en estos dos textos, uno de los sonidos predominantes era el rosario de gritos a todo pulmón de los vendedores ambulantes, que pregonaban las cualidades y maravillas de sus productos no sólo durante las mañanas sino a lo largo de todo el día y, prácticamente, por todos los barrios y todas las colonias. El ofrecimiento de flores, plantas y tierra para las macetas se encontraba entre los más comunes, ya que eran consumidas en grandes proporciones por las clases alta y media e, incluso, por los extranjeros. Las primeras formaban parte del decorado interior de sus aposentos, mientras que las macetas inundaban patios y corredores. Se decía que era tal la cantidad de flores que se vendían por las calles, que perfumaban el ambiente. Debido a la creciente demanda, la prensa aseveraba que se habían convertido en artículos de primera necesidad.¹⁵

Otro de los anuncios callejeros más frecuentes que penetraban en los hogares era el de: “tamales, calentitos los tamales”, mientras que el vendedor de pan cantaba la enorme lista de los suculentos bizcochos que lo acompañaban. En algunos lugares, el

ambiente se musicalizaba con “se mercan chichicuilotitos tiernos”, “se mercan patos”, “jabón de la Puebla”, “alpiste para los pájaros”, “sillas que entubar”. Aunque no les comprara nada o no requiriera sus servicios, cualquier capitalino establecía contacto auditivo con estos mercaderes porque al momento de salir a la calle se toparía o tropezaría a cada paso con ellos.

El movimiento de la ciudad y el transporte colectivo

Desde muy temprano, la población trabajadora emprendía la marcha hacia los lugares donde se ganaría el sustento. Cada día, el mundo rural alcanzaba al ámbito urbano, al tiempo que éste iba tocando a aquél. Como se mencionó antes, los indios procedentes de las diferentes municipalidades del Distrito Federal llegaban a los principales mercados de la ciudad a vender sus mercancías.

Por su parte, los obreros se dirigían a las diferentes fábricas, situadas en su gran mayoría en aquellas prefecturas. Por ejemplo, la fábrica textil La Fama Montañesa, en Tlalpan, recibía trabajadores originarios tanto de la zona como de la ciudad. A principios del siglo xx, el ramo industrial no sólo se consolidaba sino que también se diversificaba. Así, existían fuentes de empleo en centros textiles (hilados, tejidos y estampados) como San Antonio Abad, La Corona y San Fernando; en las fábricas de papel de San Rafael y Peña Pobre, también en las afueras de la ciudad; en el ramo tabacalero, que contrataba un considerable número de mujeres; en las industrias alimentarias de refrescos, pastas, sopas, galletas, dulces y chocolates, y en los talleres de artículos suntuarios de vidrio, loza de porcelana, muebles, camas de latón y hierro, localizados en el centro o en colonias populares.¹⁶

Desde las ocho de la mañana, el centro capitalino recibía un considerable número de empleados, técnicos y burócratas, que día a día sumaban más debido al aumento de establecimientos comerciales, despachos y consultorios, y a la expansión de las oficinas gubernamentales. A las ocho, el tiempo era anunciado por los relojes públicos que “martillean con monotonía, como un aviso sarcástico a ese enjambre que momentáneamente se derrama por la ciudad y corre a esconderse en la vida interior de los almacenes, de las casas de modas, en los escritorios, en los colegios, en los edificios públicos”. El ejército de trabajadores se engrosaba con un buen número de mujeres que al caminar por las calles “batían el asfalto con rítmicos tacones”.¹⁷

Dos o tres horas más tarde arribaban al corazón de la ciudad todos aquellos que se dirigían a realizar compras o simplemente a pasear. A pesar de que las colonias contaban ya con muchos servicios, los capitalinos seguían visitando religiosamente este histórico y tradicional lugar.

Ante la movilización cotidiana de este contingente y a raíz de que se ampliaban las distancias entre los lugares de residencia y los destinos, el transporte colectivo tanto urbano como suburbano requirió constantes renovaciones y el incremento de sus líneas de recorrido.

A principios del porfiriato, en 1876, la Ciudad de México contaba con transportación heredada del siglo XIX y adecuada a todos los bolsillos. Circulaban, por ejemplo, carretelas o calandrias de diferentes categorías, que se distinguían por el color de sus banderas: azules para primera clase, rojas para segunda y amarillas para tercera. La tarifa por hora de las primeras era de cuatro pesos, mientras que una calandria amarilla costaba 25 centavos por el mismo tiempo. A finales del porfiriato, este servicio particular se reemplazó por taxis que cobraban desde 50 centavos la dejada.

En realidad, los trenes jalados por mulas y caballos tenían la mayor demanda por parte de todos los estratos sociales, hasta que, poco a poco, fueron sustituidos por tranvías eléctricos, ya que el gobierno los consideraba como los más rápidos, los más eficaces para la transportación de pasajeros, así como un negocio más redituable. Tal como había sucedido con la puesta en funcionamiento del desagüe, el 15 de enero de 1900, cuando se inauguró este sistema de transporte con la línea México-Tacubaya, toda la prensa que se publicaba en México, tanto en español como en otros idiomas, difundió el acontecimiento con frases como “a estas horas los habitantes de la capital de la República hemos dado un paso más en el camino de la civilización”.¹⁸ Además, se insistió mucho en la utilidad que representaba para optimizar las actividades laborales:

El servicio se implementó con el fin de que los empleados, hombres de negocios y personas que llevan una vida activa se hallen en sus respectivas oficinas a la hora exacta en que sus labores empiezan. Los tranvías son benéficos para los patrones, que logran, mediante la exacta puntualidad de sus empleados, el eficaz trabajo.¹⁹

A la Compañía Limitada de los Ferrocarriles del Distrito, de Ramón Guzmán, se le asignó la construcción, primero, de las líneas de vías anchas por tracción animal y, más tarde, las utilizadas por tracción eléctrica, las cuales sirvieron, posteriormente, a las compañías que la sucedieron. A Estados Unidos se le compró un gran número de unidades último modelo, diseñadas por la J.G. Briel de Filadelfia. Tan sólo en 1901, la prensa informó que a diario llegaban carros nuevos por ferrocarril.²⁰ Eran de un piso, aunque llegaron a circular unos cuantos de dos y durante muy pocos años, debido a que se les suspendió tras voltearse uno en una curva de Chapultepec. No hubo víctimas que lamentar, sólo sustos que calmar.²¹

Tanto la planta eléctrica que producía la tracción como el depósito de los tranvías se encontraban en la Indianilla. Las instalaciones contaban con maquinaria de la General

en seis de este lugar a Tacubaya, lo que se traducía en 13 minutos en todo el trayecto. En el caso de la ruta entre el Zócalo y Azcapotzalco, el lapso era de 60 minutos en el viejo sistema y de 40 en el nuevo. De acuerdo con Mario Camarena, el tranvía “influyó en la modificación de los patrones culturales de la época, alteró la concepción del tiempo, aceleró los ritmos cotidianos y cambió las normas peatonales”.²³

Para las élites capitalinas, la incorporación de los tranvías eléctricos al transporte colectivo representaba una de las expresiones más fidedignas del México de la modernidad. Por el contrario, los estratos inferiores sostenían creencias adversas. Decían que esas máquinas funcionaban con ayuda de “maleficios diabólicos”, porque de otro modo no andarían solas,²⁴ y que eran portadoras de la muerte como la “peste amarilla”, pues desde su surgimiento se habían producido serios y numerosos accidentes. En pocas palabras, les tenían tanto miedo que éste rayaba en el pánico, porque se podían descarrilar, porque los podían atropellar o porque los podían electrocutar.²⁵ Algunos integrantes de la élite opinaban que no era nada extraño que “aplastaran” a tanta gente, sobre todo en los barrios populares, donde no se sabía lo que era una ciudad moderna. En consecuencia, se advertía en la prensa “que la civilización ha costado y costará aún muchos pellejos. Con que si ustedes no quieren ser víctimas de la civilización, cosa



El accidente.

bastante basta, ¡háganse a un lado!”.²⁶ En realidad, otros contemporáneos más juiciosos atribuyeron los incidentes tanto a la imprudencia de los conductores como a la ineptitud de los gendarmes para dirigir el tránsito.²⁷ En cuanto a morir electrocutado, en la *Guía general descriptiva de la República mexicana* de 1899 se reconocía, por ejemplo, que “para los mirones de los escaparates y los vagos de las calles, siempre ha de ser preferible la coza de una mula a la descarga de un millar de volts”.²⁸ Con el propósito de contrarrestar este tipo de temores, se advertía al público que “en todas las líneas existen pararrayos para mayor seguridad de los pasajeros, pues en el caso de que por causa extraordinaria aumentara la corriente eléctrica, el exceso se iría a tierra por medio de los pararrayos”.²⁹

La gestación de la entropía urbana y de otros problemas

Sin lugar a dudas, un transporte urbano más moderno y la ampliación de sus rutas se convirtieron en necesidades prioritarias en la creciente área metropolitana. Sin embargo, esto ocasionó problemas que dificultaron, o de plano impidieron, el cumplimiento de principios urbanísticos como la libre circulación y la limpieza. Al tiempo que aumentaba el número de tranvías, también emergía y se incrementaba el congestionamiento del tráfico citadino, al que los mismos publicistas designaban como “el delirio del tráfico”,³⁰ sobre todo cuando se producía el encuentro entre uno de estos vehículos y otro arrastrado por una mula soñolienta o que se resistía a ser desplazada por una máquina. Este problema se agudizó todavía más cuando hicieron acto de presencia los nuevos automóviles, que alcanzaban velocidades de 10 a 20 km por hora y que tocaban trompetillas a todo ser humano y a todas las bicicletas que se atravesaran en su camino, lo que contribuía a aumentar los ruidos en la “metrópoli de la paz”. Es innegable que las interrupciones de la circulación a principios del siglo xx fueron el preludeo de la cotidianidad de los tiempos futuros, pero, a la vez, develaban una contradicción: en la medida que crecía la obsesión por garantizar que el movimiento de la ciudad fuera rápido y fluido, afloraba el caos vial como una realidad incontrolable. Debido a dichas condiciones, cada vez fueron más frecuentes las ocasiones en que la gente llegaba tarde a sus trabajos. Eran los principios de las tensiones características de la urbe.

En este mismo rubro se produjo una contradicción más respecto a la limpieza y la seguridad. El municipio creyó que, por fin, había acabado con el problema del excremento en las calles al momento de jubilar las mulas y los caballos que jalaban los viejos tranvías, por lo que, además, los transeúntes dejarían de ensuciarse los zapatos. Muy pronto se descubrió que ahora en el pavimento caía aceite proveniente de las nuevas máquinas motorizadas y que la población podía resbalarse o manchar su ropa.

No sólo el incremento de vehículos provocó alteraciones en el libre tránsito. También se debe tomar en cuenta los cuellos de botella que se iban formando en la medida que a la mayoría de las calles anchas se les restaban centímetros con el fin de aprovechar la mayor cantidad de terreno para la expansión de la ciudad. A pesar de esta realidad, la prensa continuó propagando ufanamente que la Ciudad de México contaba con amplias y largas avenidas, como Cinco de Mayo.³¹

Al transitar por las banquetas, el peatón también encontraba obstáculos que alteraban el paso de su marcha. Debido al crecimiento de la ciudad era común tropezarse con la reconstrucción de los pavimentos u otras obras públicas, con los escombros de viejas casonas coloniales que habían sido derribadas, con materiales de construcción para levantar lujosas residencias o modestas casas en las colonias, así como edificios en el corazón de la ciudad.

Cerrar espacios fue, entonces, una de las grandes tendencias en el proceso de edificación de la ciudad porfirista. Cabe recordar que con anterioridad a este proyecto urbanizador, al asomarse a la calle desde los balcones más altos, pero sobre todo al salir a la calle y situarse en distintos puntos de la ciudad, una de las primeras impresiones de la gente eran las tupidas cadenas de árboles del Ajusco al sur, el ocre pálido del Tepeyac al norte y los majestuosos volcanes cubiertos de nieve, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, al oriente. Poco a poco, los capitalinos fueron perdiendo en el camino estas vistas al acelerarse su ritmo de vida, al sumirse en las preocupaciones cotidianas tan propias de una urbe moderna y, ante todo, porque los nuevos y enormes edificios en construcción, como el Palacio de Bellas Artes o el Palacio Legislativo, ocupaban los espacios, al tiempo que las sombras que proyectaban disminuían la tan anhelada luminosidad.

En igual medida, si bien se hicieron algunos ductos subterráneos para los cables conductores de telégrafos, teléfonos y de transmisión de electricidad, por lo general se erigieron postes para tenderlos, los cuales interfirieron la mirada de los capitalinos hacia aquellos paisajes naturales, el azul del cielo, las torres de las iglesias e, incluso, hacia lo alto de las mismas moles de concreto, mármol y cantera que habían sido edificadas para ser admiradas como símbolos de la majestuosidad, el buen gusto y la funcionalidad.

Por su parte, el mantenimiento y la creación de grandes áreas verdes tampoco corrieron con mejor suerte porque se echaron abajo varias arboledas. De tal forma, el verde de la naturaleza fue cediendo su lugar a otros colores. No se percibían las contradicciones, y si así hubiera sido, no importaba. La ciudad se transformaba, crecía y se multiplicaba según los mandatos de la modernidad.

Los obstáculos resultantes de las obras públicas y las construcciones no fueron los únicos que afectaron el tránsito de los peatones, ya que también hicieron su parte los manufactureros o artesanos, los vendedores y los puestos ambulantes que proliferaban



Valle de México desde el Tepeyac, 1908.



Sombras y postes inundaron la ciudad.

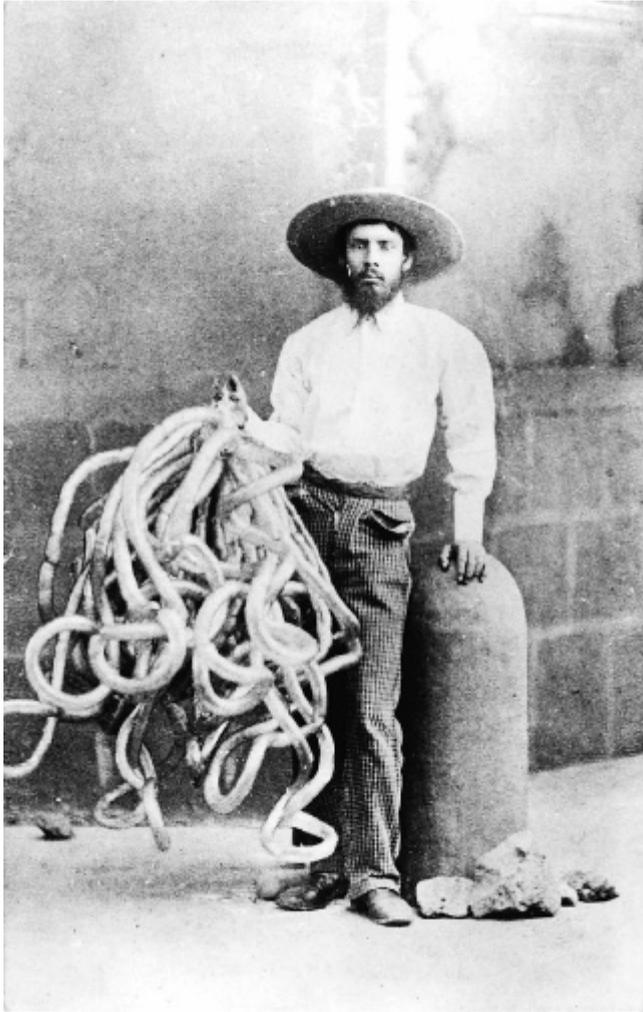
y se reproducían por toda la ciudad. Su existencia era un legado de tiempos coloniales, cuando se intentó controlar su deambular y concentrarlos en los puestos de los mercados. A los publicistas porfiristas les llamaba la atención que, por ejemplo, las “pequeñas industrias ‘ambulantes’ de su época no desaparecieran a pesar de la insignificante remuneración que recibían” y concluyeron que esto se debía a las convicciones que defendían, pues “los industriales de la calle no tienen amo ni patronos, son libres como la pluma en el aire (que no es libre, porque tiene que seguir la dirección del viento que la sostiene), y prefieren su libre miseria a un bienestar obtenido a costa de la sujeción”.³²

Al dirigirse a cualquier punto de la ciudad, los capitalinos volvían a escuchar sonoros pregones como los de las primeras horas del día. Pero, además, el escenario urbano se animaba con rítmicos toques de tambores, chirimías, matracas y guitarras, así como con los melodiosos y nostálgicos valeses que reproducían los organilleros. Había tejedores de sombreros de palma, talabarteros, tejedores de alambre para hacer fotografías, zapateros remendones. A éstos se sumaban los vendedores de bateas, de jícaras, de loza, de rebozos, de nieve, de dulces, especialmente en las glorietas del Paseo de la Reforma, y hasta de enormes tripas de cerdo, por citar unos pocos. No podían faltar los billeteros ni los voceadores, que gritaban con suma emoción y hasta la exageración las últimas noticias del día. Las mujeres se especializaban en la venta de alfajores de coco, buñuelos y aguas frescas de horchata, limón, piña, tamarindo y, principalmente, chía,



Vendedores de cabezas.

por lo que se ganaron el sobrenombre de “chieras”. En las calles menos céntricas, todo aquel consumado bebedor de aguardiente podía curar la “cruda” con cabezas de cordero asadas que sus distribuidores anunciaban con el repetido grito de “¡cabezas calientes!”. Este altisonante pregón se alternaba con el de aquellos que ofrecían requesón y queso fresco.³³ Había también “domadores de pulgas”, que vivían “de mostrar al público las habilidades de sus minúsculas y poco pulcras ‘pupilas’”.



El vendedor de tripas.

En general, a los ambulantes se les consideraba perjudiciales para la ciudad porque ensuciaban las calles y porque sus tradicionales formas de producción y distribución no cumplían con los requerimientos de la industria y el comercio modernos. Sin embargo, se llegó a reconocer que “forman un grupo simpático, que encontramos por calles y por plazas y que merece se le consagre una mención, siquiera porque, tarde o temprano, está destinado a desaparecer”.³⁴

La ciudad del consumo y de los múltiples servicios

Varias pueden ser las razones para explicar la presencia del ambulante a lo largo de la historia de México, pero lo que es evidente y simple es que ha permanecido porque siempre ha habido quien compre la infinidad de productos que promueve.

Durante el porfiriato creció el número de consumidores de alimentos básicos, así como de otros bienes y servicios. Había miembros de las clases media y alta que gastaban mucho, algunos hasta lo que no tenían. Los negocios, la variedad de productos y su publicidad alimentaban el ansia de consumir. A tal grado llegaba esta situación que los editorialistas acusaban a los mexicanos de ser “despilfarradores hasta la prodigalidad”. En particular se señalaba que “la mujer de la clase media solía gastar tanto como la millonaria”.³⁵

A falta de refrigeradores, la gente tenía que adquirir sus alimentos casi a diario. Las clases media y popular realizaban sus compras en la principal central de abasto, el mercado de La Merced, al que adornaban montones de basura por doquier. Cabe advertir que la afluencia de público disminuyó cuando en barrios y colonias se fundaron o remodelaron mercados públicos, como los de San Cosme, Santa Catarina, Santa Anna, Guerrero, San Lucas, Dos de Abril y San Juan, este último visitado sobre todo por extranjeros. Las autoridades municipales estipularon y vigilaron que los mercados fueran amplios y que cumplieran con una rigurosa organización, de tal forma que en cada uno de sus departamentos solamente se exhibiera un determinado tipo de mercancía.

Si de carnes se trataba, la gente iba al rastro con el objetivo de conseguir precios más baratos. La población lo identificaba por su fétido olor y porque se podía “simbolizar por medio de una gran mancha de sangre, puesto que con ella están cubiertos los distinguidos tablajeros y carniceros que por allí transitan”.³⁶

Otros puntos de venta que se diseminaron durante el porfiriato en los barrios populares y en las colonias de la clase media fueron los pequeños establecimientos conocidos como estanquillos, instalados en casi todas las puertas de las casas. En ellos se vendían, además de alimentos y bebidas, cigarros, puros y hasta carretes de hilo de algodón y sedas. Según refieren fuentes de la época, estos expendios, que se convirtieron



El mercado de La Merced.

en práctica del comercio al menudeo, eran el patrimonio de viudas pobres, de señoritas huérfanas y de familias humildes e, incluso, de integrantes de la clase media.

La clase alta, por lo general, adquiría productos alimenticios en las tiendas de abarrotes recién instaladas. A partir de 1900, una de las más afamadas fue Clemente Jacques. Si bien existían panaderías al por mayor en casi toda la ciudad, sólo en el centro y en las zonas residenciales se localizaban bizcocherías, chocolaterías y dulcerías, que excitaban los paladares ante la vista de sus aparadores.

Pero como no sólo de pan vive el hombre, la gente consumía en el centro enseres y muebles para el hogar, así como ropa, mucha ropa. Aunque las posibilidades para comprar este tipo de mercancía eran prácticamente inexistentes para la población de escasos recursos, no por ello dejaron de venderse prendas de muy baja calidad en los espacios callejeros y diferentes mercados. En La Lagunilla se adquirían telas bonitas y baratas que vendían los sirio-libaneses. Por la iglesia de San Pablo se ofrecían curtidos de piel y tejidos de hilaza. Los cajones de ropa estaban destinados a grupos intermedios, que poseían un mayor poder adquisitivo.

Mientras tanto, las clases acomodadas gastaban sus riquezas en tiendas de muebles situadas en la avenida Cinco de Mayo y en almacenes departamentales como El Palacio de Hierro, el Puerto de Liverpool o el Centro Mercantil. Todos ellos recibían a diario un buen número de clientes, sin que ello significara restarle consumidores a los negocios

GRANDES ALMACENES
DE
“EL PALACIO DE HIERRO”
SUCESIDA ANONELA.
CAPITAL SOCIAL \$ 4,000,000.



PRECIOS
- Invariablemente -
MEJORES.
Se acaban de recibir
las últimas novedades para la

Semana Santa y Estación de Verano
Ricas telas de Seda y de Lana
ULTIMOS MODELOS en Confecciones y Sombreros - Géneros de Algodón, finísimos.
- Adornos, Borlados, cajas y una infinidad de Artículos de Fantasía -

Tapicería, Ebanistería, Muebles Finos
SOM ENCOMENDADOS de todos los trabajos bajo nuestra responsabilidad en dicho ramo.
- - - Precios sin rival - - -

VISTEN AL “PALACIO DE HIERRO”
INTERESANTE a los que viven fuera de la Capital - Mandamos franco de port
- muestras, catálogos y presupuestos que se nos pidan. Enviamos por Expres
C. O. D. todo pedido cuyo valor no excede de 50 pesos y que su peso no
exceda de 50 kgs.
México, Esquina de San Bernardo y Callejuela.

Anuncio de El Palacio de Hierro,
El Mundo Ilustrado, 4 de marzo de 1900.

En Plateros podemos ver desde el empleado que regresa de su palatina oficina hasta el elegante desocupado que no tiene más que hacer ni más preocupación que “ir a Plateros”. Porque eso de “ir a Plateros” tiene un innado en prominencia social. El paseo por el *boulevard* es una necesidad común a todos los notables y guay [sic] del que ose descuidarla: se nulifica irremisiblemente.³⁸

Casi todos los establecimientos exhibían sus productos y servicios en los aparadores, los cuales detenían al público, por lo que se convirtieron en un factor más de la interrupción del tránsito en las banquetas.

de artículos de joyería, camiserías y a las modistas y los sastres de la tradicional calle de Plateros (hoy Madero). Ésta era valorada como “la arteria principal”, como “el centro de la actividad comercial”, como “una verdadera vía de metrópoli” que merecía denominarse *boulevard*, no obstante que carecía de las atribuciones propias de uno. Si no las poseía no importaba, a los defensores de la modernidad, según refería la prensa, “se les daba la gana llamarlo así”,³⁷ en el afán, sin lugar a dudas, de imitar las ciudades extranjeras. La mayor afluencia de compradores o simplemente de paseantes se daba al mediodía y en el ocaso. En ese momento, la misma sociedad exigía transitar con la vestimenta más lujosa, lo que no impedía que miembros de otros estratos sociales se asomaran por curiosidad, por el deseo de imitar modas y formas, o por burlarse de estas mismas:



"La avenida Plateros", *El Mundo Ilustrado*, 21 de enero de 1900.

Como se puede constatar, el centro de la ciudad mantenía su supremacía como principal punto de reunión. Era uno de los espacios preferidos donde se podían afianzar relaciones sociales o comerciales, pero, ante todo, se podía ser visto, ser admirado por muchos y no por unos cuantos vecinos. En otras palabras, era el sitio por excelencia para reproducir actos de sociabilidad, desde caminar y comprar hasta comer y beber en restaurantes, cafeterías y neverías.

En especial, asistir a determinados casinos, clubes y restaurantes ratificaba el estatus. El Jockey Club, situado en la Casa de los Azulejos, en Plateros, estaba considerado entre lo más exclusivo. En tanto, los restaurantes más selectos eran los de tipo francés, que, aunque sirvieran comida mexicana o española, recibían los nombres de Sylvain, Fonda de Recamier y Maison Dorée. En son de ridiculizar las costumbres de los de arriba, en la calle de Bolívar una fonda popular fue bautizada como La Maison Raté.

Unidas a éstas, prevalecían otras imperiosas razones para regresar con frecuencia, casi a diario, al centro. Los estudios fotográficos establecidos en él eran muy solicitados por la población, sin importar su condición social. Además, ahí se localizaban los servicios que proporcionaba el gobierno en cuanto al envío de correspondencia y telegrafía. La mayor importancia que iban adquiriendo las comunicaciones obligaba a multiplicar las oficinas. Aparte de la casa matriz, que ocupaba un suntuoso y recién construido edificio, el público contaba con locales para el correo en

la calle de Tiburcio núm. 24, en San Juan de Letrán núm. 13, en la calle del Sapo núm. 10 y en el edificio de la Antigua Aduana de Santo Domingo. Ante el crecimiento capitalino y la fuerte demanda se abrieron sucursales en Ribera de San Cosme y en la primera calle de Guerrero. En los primeros años del porfiriato, las sucursales únicamente recibían correspondencia hasta la siete de la noche y en la casa matriz hasta las nueve y media. Sin embargo, en los últimos años de ese régimen, la sucursal de Letrán permanecía abierta toda la noche. Como desde tiempos decimonónicos, un gran porcentaje de la población recibía auxilio de los evangelistas del portal de Santo Domingo para redactar sus cartas.

Por su parte, la oficina telegráfica se ubicaba en Cinco de Mayo. Pero, a fin de aumentar el despacho en la capital y para comodidad de los vecinos de los barrios y las colonias, se abrieron sucursales en puntos distantes del centro. Aún más, las autoridades colocaron buzones en muchos lugares, lo que aseguraba a los capitalinos que la recolección de la correspondencia fuera constante para ser enviada de inmediato, incluso durante toda la noche. Una red de 61 800 km en toda la República garantizaba el envío de telegramas.

Al centro también se concurría para los servicios religiosos. A parroquias e iglesias, situadas en los barrios y las colonias, como la del Inmaculado Corazón de María en la Guerrero, asistían los fieles, quienes no olvidaban retornar, casi diariamente, a San Pablo, Santo Domingo, Santa Clara y La Profesa, la cual recibía a una congregación compuesta por la clase alta.

Las diversiones públicas

Al mexicano nunca se le ha dejado de considerar parrandero, alegre y burlón. Por ende, las prácticas relacionadas con el ocio y el esparcimiento muestran una infinita y rica diversidad. Nada más que hay que recordar cómo a raíz de que el trabajo se estableció como la actividad cotidiana predominante, éstas se le supeditaron. En los periódicos y semanarios ilustrados aparecían, al lado de los artículos y las imágenes relacionados con una ciudad trabajadora, aquellos referentes a una ciudad que se divierte, como muestra de que los progresos alcanzados permitían el relajamiento y la felicidad.

Como se ha visto, pasear por calles y avenidas estaba entre las principales actividades de esparcimiento. Por medio de ellas, los practicantes sumaban más experiencias sensoriales, que desembocaban en el choque de imágenes y ensueños con la realidad. A lo largo del trayecto, no era difícil encontrarse y redescubrir al otro, a aquel que era diferente a la clase social a la que se pertenecía, y que a unos les ratificaba sus convicciones de que la miseria es consecuencia del vicio, la flojera y la fal-

ta de educación, mientras que a los otros les retroalimentaba sentimientos de injusticia y agravios.

Contar chistes era una de las prácticas de resistencia más socorridas para enfrentar realidades y relaciones de poder. Por ello, en los espacios públicos se repetían los chistes al por mayor. Entre los más sonados se contaban los dedicados a Guillermo de Landa y Escandón, gobernador del Distrito Federal, al que la población apodaba “don Guillermo de Lana y Algodón”. Otra actividad similar era cantar corridos, los cuales se oían, principalmente, en las zonas menos céntricas. Aún más, tras escuchar a los jóvenes silbar alguna pieza de canto, recién estrenada en la zarzuela, los grupos populares la reproducían con letras de su propia inspiración en las casas de vecindad.

Por su parte, de las calles emanaban olores que las distinguían y que eran más soportables que los miasmas, e inclusive hasta llegaron a ser agradables. La calle de Jesús, poblada por talabarterías, siempre olía a cuero, mientras que en la bocacalle de Gante, tan frecuentada por la comunidad estadounidense y en la que se “debía de saber inglés para poder transitar”, el humo del cigarro impregnaba el ambiente.³⁹

Tras caminar por las calles del centro se podía reposar en los bancos de fierro del Zócalo. Los martes, jueves, domingos y fiestas de guardar se podía escuchar piezas musicales interpretadas por la Banda de Zapadores en el quiosco, mientras se veía a otros caminar y se miraba las plantas sembradas y las diversas fuentes.



El Zócalo.

Además de la posibilidad de gastar el pavimento del centro, existían los paseos como opciones alternas. Al igual que en los tiempos coloniales y decimonónicos, el de la Alameda se mantuvo entre los favoritos. A diario concurrían a ella bandadas de niños que eran “llevados allí a respirar aire rico en oxígeno y entretenerse en juegos de cuerda, pelota, aro y otros recreos de la edad infantil”.⁴⁰ A éste se sumó el Paseo de Colón o Paseo de la Reforma, que corría desde la estatua de Carlos IV hasta Chapultepec, lo que abarcaba tres millas. La calzada medía 60 m de ancho. En sus flancos, las banquetas de cemento aprisionaban los eucaliptos y fresnos que compartían el escenario con estatuas de ciudadanos distinguidos, colocadas ahí para que la memoria colectiva repitiera que sólo unos cuantos son protagonistas de la historia. Para observarlo, para ratificarlo se contaba con bancas de piedra de chiluca. Gracias a este paseo, el bosque de Chapultepec recibió cada vez más visitantes, sobre todo procedentes de las clases media y baja.

Los lugares de reposo crecieron a la par que los fraccionamientos de las clases media y alta. En sus localidades había jardines provistos de fuentes, asientos de hierro y alumbrado público. Quizá uno de los más nombrados era la alameda de la colonia Santa María la Ribera.

No hay que olvidar que a los capitalinos también les gustaba visitar lugares más distantes, como la Villa de Guadalupe, los pueblecillos de San Ángel, Mixcoac, Tacubaya, Popotla, Tacuba y Azcapotzalco, donde la población de grandes fortunas poseía casas veraniegas; mientras tanto, la gente de escasos recursos navegaba por los canales del lago de Chalco, donde los habitantes de Santa Anita e Ixtacalco vendían hortalizas en sus



El Caballito y el Paseo de la Reforma.

canoas. A raíz de la construcción del drenaje se agregó otro paseo a la lista. La dirección del Ferrocarril del Desagüe del Valle de México organizaba excursiones cada domingo, con un itinerario que partía de la estación de Peralvillo y recorría lugares como San Cristóbal, el puente colgante de metal de Cuautitlán, los pueblos de Zumpango y Tequixquiac, donde desembocaba el tunel del canal.⁴¹

Así, como sucedía con otras prácticas, en cada barrio o en cada colonia la gente organizaba innumerables fiestas con el propósito de afianzar los lazos de la comunidad. Por ejemplo, en los fraccionamientos se realizaban, periódicamente, kermeses, jamaicas y desfiles de carros alegóricos. Sin embargo, prevalecieron las diversiones producidas y reproducidas en espacios más grandes y donde se congregaban más capitalinos; se asistía a los clásicos espectáculos de teatro, circo, zarzuela, ópera y, ante todo, a las corridas de toros. A tal punto llegó la pasión por la fiesta taurina que, a todas horas y en cualquier lugar, se registraban conversaciones sobre la última exhibición y sobre las magníficas faenas de Gaona, al que señalaban como el mejor torero de la época. En general, los deportes adquirieron carta de distinción por parte de la población, debido a la influencia de la comunidad extranjera asentada en el país. La élite podía actuar tanto como espectadora de carreras de caballos y galgos como ejercitar el ciclismo, el hipismo, el baloncesto y el patinaje.

LA NOCHE

Al atardecer comenzaba y se agudizaba, de nueva cuenta, la locomoción de personas que salían de sus trabajos, aunque también algunos se dirigían a trabajar el turno nocturno. Muchos regresaban al hogar, pero otros aprovechaban para realizar otro tipo de actividades, principalmente de esparcimiento.

A partir de que las luces del alumbrado público abarcaron más zonas, los capitalinos se aventuraron cada vez más a vivir de noche y dejaron atrás un México decimonónico en el que las acciones nocturnas en el espacio público eran mínimas por la falta de un buen abastecimiento de este servicio y de los avances técnicos que así lo permitieran. Durante el gobierno de Porfirio Díaz, las lámparas incandescentes sustituyeron a las de gas hidrógeno y a las de trementina y nafta. Para 1907, ya se contaba con 360 focos. Además, por la intensificación del trabajo en las plantas eléctricas se pudo ofrecer una luz sin variaciones de intensidad, tanto en el exterior como al interior de casas y locales. Cabe recordar que estas ventajas únicamente las disfrutaban las colonias de las clases alta y media, así como las calles del centro más visitadas por éstos, al estilo Plateros, donde varios comercios se daban por el lujo de cerrar hasta las ocho o nueve.

El ofrecimiento de luz artificial invitaba no sólo a los establecimientos mercantiles y los espacios culturales a permanecer abiertos más horas, sino también a que los capi-

talinos deambularan con mayor seguridad. Éstos, conforme a la experiencia de que durante el día casi no se suscitaban actos de delincuencia debido a la luz solar, vivían convencidos de que se reducían las probabilidades de ser sorprendidos por algún ladrón que hurtara sus pertenencias con puñal en mano, tal y como seguía sucediendo, en gran medida, en las calles solitarias y oscuras de los barrios populares.

Así pues, la población podía encontrar opciones de acuerdo con sus preferencias, incluso las intelectuales, y según sus reservas económicas. Entre las múltiples posibilidades que disfrutaban tanto la clase media como la alta se pueden citar las siguientes: si alguien, por ejemplo, era fanático de la lectura y no podía asistir por las mañanas a la Biblioteca Nacional, se le brindaba la oportunidad de ir, por las noches, a un anexo conocido como biblioteca nocturna. Aunque este recinto no dejaba de tener visitantes, más bien la población capitalina optaba por la diversión, en su obsesión por seguir proyectando la imagen de una sociedad relajada. La zarzuela, la ópera, el teatro, las tandas y el cine se contaban entre los espectáculos más concurridos durante la noche.

En particular, el teatro dramático continuó en la lista de las preferencias, tal y como había sucedido en tiempos coloniales y durante el siglo XIX. Desde las cinco de la tarde y hasta las 10 de la noche se ofrecían funciones en el Teatro Hidalgo que, junto con el Teatro Nacional, se ubicaba entre los mejores. En las crónicas de la época se hablaba del comportamiento del público en las calles y en las salas. En el caso de las primeras se decía “que el público vespertino es siempre y en todas partes un público ruidoso”.⁴² Por otra parte, se comentaba que en los entreactos se escuchaba el murmullo de las conversaciones, mientras que el ambiente se impregnaba de un fuerte olor a tabaco.

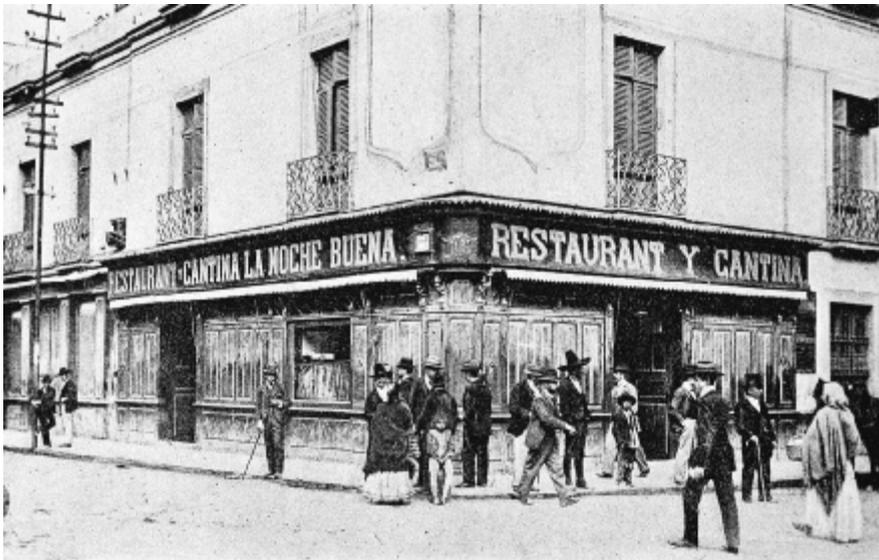
Poco a poco, el gusto por las puestas teatrales se fue desplazando hacia las exhibiciones de películas. A finales del XIX funcionaba un solo cine en la calle de Plateros, al que sólo asistían las familias acaudaladas, mientras que los de abajo no salían de los jacalones que fungían como centros de proyección ni tampoco de las tandas que se presentaban en las carpas. La creciente demanda por el cine provocó que se abrieran más locales en diferentes puntos de la ciudad. Por lo general, por las noches se llenaban estos lugares y, al igual que sucedía a las afueras del teatro, el público era muy escandaloso. Ahí no terminaban las molestias, pues los vecinos tenían que escuchar los fonógrafos que se utilizaban para llamar la atención y publicitar las películas.⁴³

Por su parte, a todos aquellos que gustaban de ver y practicar algún deporte, desde 1896 contaban con el frontón *Jai-Alai*, localizado en la colonia de los Arquitectos. A este centro se le equiparaba con los mejores frontones de Europa, ya que sus instalaciones amplias, elegantes y cómodas disponían de salas de caja para apuestas, habitaciones para los pelotaris, baños con regaderas y hasta cantina. Recién inaugurado el lugar, sólo se jugaba los domingos y los jueves pero, debido a la buena aceptación del público, el horario se amplió a todos los días, por las mañanas y noches.

En este tipo de actividades sólo se hacía visible una cara del México nocturno. Al lado, enfrente de ella, existía otra. Era el rostro de una nueva metrópoli en la que los vicios y deseos, que antes se guardaban en el interior y se ocultaban en la privacidad, ahora aprovechaban la noche para salir a la luz callejera y artificial. El número de prostitutas se incrementó, emergieron los hoteles de paso a la par que los burdeles de diferentes categorías que, dirigidos por matronas conocidas, se propagaron por diferentes puntos de la urbe, aunque, de acuerdo con la reglamentación oficial, permanecían alejados de “escuelas o iglesias”.⁴⁴ El oficio también se podía ejercer en las salas de cine. Sin lugar a dudas, el crecimiento poblacional aumentó la demanda, a la vez que los bajos sueldos obligaban a las trabajadoras, como las costureras, a vender su fuerza de trabajo de día y su cuerpo de noche. Además, el cine ayudó a promover estas prácticas, pues había lugares donde se exhibían películas pornográficas sólo para hombres.

Por otro lado, también aparecieron baños y lugares clandestinos para homosexuales. Se organizaban fiestas que duraban toda la noche; basta recordar aquélla en la que fue encontrado Ignacio de la Torre, yerno de don Porfirio.

Los amantes de las apuestas tuvieron casas de juego de cartas y ruleta, la mayoría de ellas controladas por Manuel Romero Rubio, suegro del presidente de la República.



“En la calle del Teatro Coliseo no podían faltar expendios de alcohol”,
El Mundo Ilustrado, 21 de enero de 1900.

Si bien el problema de los bebedores ambulantes ya era añejo y se repetía a cualquier hora, se incrementó a principios del siglo xx como respuesta, en cierta medida, a que había más expendios de alcohol con horarios que alcanzaban hasta el amanecer. Los observadores de la época comentan que era impresionante el gran número de estos lugares, así como espectaculares sus anuncios. Había pulquerías, cantinas y tabernas donde se bebía hasta el límite. A las primeras asistían los vagos, mendigos, obreros y vendedores ambulantes, que perdían ahí lo ganado durante todo el día. En las dos últimas, los asiduos consumidores procedían de la clase media.

Durante el régimen porfirista, la élite política, los publicistas y los grupos reformistas, como los defensores del catolicismo social, llamaron la atención sobre la embriaguez tan extendida entre las clases inferiores y trataron por todos los medios de erradicarla. El mismo gobierno castigaba a los borrachos con el encarcelamiento. Ante ello, los afectados recurrieron a tácticas de resistencia. Según refiere el viajero estadounidense Charles Flandrau en su libro *Viva México*, los parroquianos se repetían unos a otros una consigna para no caer presos: se debe “caminar muy firme cuando se sale o será arrestado [por un gendarme] antes de tambalearse diez metros”.⁴⁵ En caso de toparse con alguno de los representantes de la ley, se sugería ofrecerle dinero para que le permitiera continuar vagando por su curva e irregular trayectoria. Las escenas de alcohólicos tirados en la calle estaban a la orden del día, a pesar de que se corría el riesgo de despertar en un



Las pulquerías.



"El trasnochadón", *El Mundo Ilustrado*, 4 de marzo de 1900.

vagón de ferrocarril con destino a Valle Nacional o a una de las haciendas henequeneras de Yucatán, donde uno era castigado con trabajos forzados en las más miserables condiciones. Al creciente espectáculo de hombres, y hasta de mujeres, que dormían los mareos en las aceras se sumaron los escándalos y las riñas entre estos protagonistas que alteraban la tranquilidad de la noche.

La activación de la vida en las noches produjo menos momentos de silencio, más ruidos y más cosas que ver al correr las cortinas. Ni los vecinos de fraccionamientos exclusivos se salvaban porque, al destinarles contingentes mayores de gendarmes para evitar el saqueo de sus casas, tenían que soportar las luces que éstos encendían a mitad de las calles y escuchar cada madrugada “un concierto interminable de los quejumbrosos silbidos”,⁴⁶ murmullos y hasta carcajadas.

En otros puntos de la capital se oía, por ejemplo, “las pisadas menudas” y el “concierto de gruñidos” de los cerdos que desfilaban al matadero, acompañados en la retaguardia por los guardianes que los movían con “sonoridades, interjecciones y chicoteos al aire”.⁴⁷ Al unísono con esta sinfonía, las casas se impregnaban con los olores propios de este contingente y con los procedentes de las panaderías, donde “se oye la

fatiga de los amasadores; la chimenea arroja la primer bocanada de humo, y la puerta del expendio que se abre deja escapar el olor de la harina cocida”.⁴⁸

Los escenarios y los personajes propios de la noche se encontraban, se conjugaban con los del alba; el borracho y el trasnochador coincidían con la beata que iba a misa y con el obrero que se dirigía a la fábrica. En otras palabras:

Poco antes de que la aurora se acerque, las sombras entran en pleno reinado, la ciudad apaga sus veladoras; las puertas de la taberna acentúan su marco de luz roja, la linternilla del guardián del orden público aviva su pobre claridad, y resuenan los pasos del último trasnochador o del primer obrero que no espera a que la aurora lo despierte.⁴⁹

Todos ellos encontrarían quien les ofreciera café caliente y reconfortante para el clima fresco y húmedo de esas horas, a los que barrían las aceras y a las máquinas que arrojaban



El vendedor de café.

litros de agua para lavarlas. Surgía así un ciclo de vida cotidiana de la ciudad moderna, el cual sólo fue alterado momentáneamente por la Revolución mexicana.

Es innegable que, a fuerza de repetir todos los días acciones gubernamentales para la expansión metropolitana y para encarrilar los comportamientos urbanos conforme a un modelo de sociedad ideal (aun a costa de la decidida resistencia de los actores afectados), y realizar de manera rigurosa actividades rutinarias como el trabajo y el consumo, los porfiristas de la modernidad creyeron que el proceso histórico seguiría un camino lineal y ascendente hacia al progreso.

NOTAS

¹ A partir del año 1903 se establecieron estas demarcaciones, que funcionaron hasta 1922, cuando aparecieron nuevas municipalidades.

² Precisamente de esta concepción proviene que a los fraccionamientos se les denomine colonias (MORALES, 1981, p. 188).

³ “Alrededor de la ciudad: contrastes”, *El Mundo Ilustrado*, 3 de mayo de 1903.

⁴ “Las dos ciudades”, *El Mundo Ilustrado*, 15 de febrero de 1903.

⁵ “Las dos ciudades”, *El Mundo Ilustrado*, 15 de febrero de 1903.

⁶ MORALES, 1981, pp. 188-230.

⁷ KANDELL, 1990, p. 375.

⁸ CRUZ RODRÍGUEZ, 1994, p. 117.

⁹ En el monte Alto nacían, por un lado, el río Unido, compuesto por los ríos Atizapán, Tlalnepantla y Remedios, y, por otro, los ríos San Joaquín y Los Morales. En el monte de las Cruces formaban su cauce los ríos Tacubaya y San Borja, que alimentaban al río Churubusco. Además, existían los ríos La Piedad, Magdalena, Guadalupe y Consulado.

¹⁰ A los seis meses de la inauguración hubo una inundación y, a fines de 1900 y durante el año siguiente, se produjeron otras en Santa Ana, La Candelaria, Santiago, San Lázaro y Niño Perdido (PERLÓ COHEN, 1999, p. 252).

¹¹ En el caso de los obreros, por ejemplo, bañarse les resultaba un verdadero lujo, pues tan sólo el jabón representaba 25% de sus ingresos (RADKAU, 1984, p. 36).

¹² “Nuestra metrópoli. La ciudad trabaja”, *El Mundo Ilustrado*, 11 de marzo de 1900.

¹³ *El Mundo Ilustrado*, 8 de febrero de 1903.

¹⁴ GENIN, 1988, tomo III.

¹⁵ “Los floristas. Industrias populares”, *El Mundo Ilustrado*, 14 de enero de 1900.

¹⁶ “Horas de México”, *El Mundo Ilustrado*, 24 de agosto de 1902.

¹⁷ *El Mundo Ilustrado*, 11 de marzo de 1900.

¹⁸ “El tranvía eléctrico”, *El Universal*, 16 de enero de 1900.

¹⁹ AGN, SCOP, 3/541-1, cit. pos. CAMARENA, 1991-1992, p. 145.

²⁰ *El Tiempo Ilustrado*, 21 de octubre de 1901.

²¹ ÁLVAREZ, 1943, p. 161.

²² *El Tiempo Ilustrado*, 21 de octubre de 1901.

²³ CAMARENA, 1991-1992, p. 141.

²⁴ Este tipo de creencias quedaron plasmadas en el “Corrido de los trenes eléctricos” (véase VÁZQUEZ, 1925, pp. 296-302).

²⁵ La prensa del porfiriato registra un sinnúmero de accidentes, sobre todo de atropellados.

²⁶ “El tranvía eléctrico”, *El Universal*, 16 de enero de 1900.

²⁷ ROMERO, 1987, p. 89.

²⁸ Cit. pos. ROMERO, 1987, p. 89.

²⁹ *El Tiempo Ilustrado*, 21 de octubre de 1901.

³⁰ *El Mundo Ilustrado*, 25 de febrero de 1900.

³¹ “La avenida del cinco de mayo”, *El Mundo Ilustrado*, 19 de mayo de 1901 y 22 de febrero de 1903.

³² “Las industrias de la calle”, *El Mundo Ilustrado*, 22 de febrero de 1903.

³³ GENIN, 1988, tomo III.

³⁴ “Las industrias de la calle”, *El Mundo Ilustrado*, 22 de febrero de 1903.

³⁵ CARDONA, s.f., p. 70.

³⁶ “Las calles de fuera”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de enero de 1900.

³⁷ “Nuestra metrópoli”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de enero de 1900.

³⁸ “Nuestra metrópoli”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de enero de 1900.

³⁹ “Nuestra metrópoli. Yankeelandia”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de enero de 1900.

⁴⁰ CARDONA, s.f., p. 218.

⁴¹ *El Tiempo Ilustrado*, 11 de febrero de 1901.

⁴² “Coliseo nuevo: calle del Teatro Principal”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de enero de 1900.

⁴³ REYES, 1996.

⁴⁴ NÚÑEZ, 1999.

⁴⁵ FLANDRAU, 1994, p. 175.

⁴⁶ FLANDRAU, 1994, p. 175.

⁴⁷ “Nuestra metrópoli”, *El Mundo Ilustrado*, 4 de marzo de 1900.

⁴⁸ “Momentos de la vida de México”, *El Mundo Ilustrado*, 13 de julio de 1902.

⁴⁹ “Momentos de la vida de México”, *El Mundo Ilustrado*, 13 de julio de 1902.

REFERENCIAS

Hemerografía

El Mundo Ilustrado
El Tiempo Ilustrado
El Universal
The Mexican Herald

- ÁLVAREZ, José María
 1943 *Añoranzas. El México que fue*. México: Imprenta Ocampo.
- ÁLVAREZ DE LA BORDA, Joel
 2001 “Tranvías eléctricos. El progreso tiene su precio”, en *Reforma*, sección cultura, 16 de enero.
- BATAILLON, Claude, y Helene RIVIERE D’ARC
 1973 *La Ciudad de México*. México: Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 99).
- BEEZLEY, William
 1992 “El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo”, en *Cultura, ideas y mentalidades*. México: El Colegio de México (Lecturas de Historia Mexicana, 6), pp. 219-238.
- BERRA STOPPA, Érica
 1982 “La expansión de la Ciudad de México y los conflictos urbanos. 1900-1930”, tesis para optar al grado de doctor en Historia. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos.
- CAMARENA, Mario
 1991-1992 “El tranvía en época de cambio”, en *Historias*, 27. México, octubre 1991-marzo 1992, pp. 141-146.
- CARDONA, Adalberto
 s.f. *México y sus capitales. Reseña histórica del país, desde los tiempos más remotos hasta el presente; en la cual también se trata de sus riquezas naturales*. México: Tipografía y Litografía “La Europea” de J. Aguilar Vera y compañía.
- CASTILLO MÉNDEZ, Laura Elena
 1973 *Historia del comercio en la Ciudad de México*. México: Departamento del Distrito Federal (Colección Popular Ciudad de México, 5).
- CRUZ RODRÍGUEZ, Soledad
 1994 *Crecimiento urbano y procesos sociales en el Distrito Federal (1920-1928)*. México: Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- GALINDO Y VILLA, Jesús
 1925 *Historia sumaria de la Ciudad de México*. México: Editorial Cultura.
- GENIN, August
 1988 “Notes sur le Mexique”, 1908-1910, en Hira de GORTARI RABIELA y Regina HER-

- NÁNDEZ FRANYUTI (comps.), *La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1924)*. México: Instituto de Investigaciones Históricas José María Luis Mora.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés
 1956 *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida social*. México: Hermes.
 1974 *Población y sociedad en México*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (2 vols).
- GORTARI RABIELA, Hira de
 1985 “El empleo en la Ciudad de México a fines del siglo XIX. Una discusión”, en *Secuencia. Revista americana de ciencias sociales*, 3. México, septiembre-diciembre.
- ICAZA, Alfonso de
 1957 *Así era aquello. Sesenta años de vida metropolitana*. México: Ediciones Botas.
- NÚÑEZ, Fernanda
 1999 “Una institución de la conveabilidad urbana: el burdel decimonónico”, en Elsa PATIÑO y Jaime CASTILLO PALMA, *Historia urbana. Segundo Congreso RNIU: Investigación Urbana y Regional. Balance y perspectivas*. Puebla-México: Programa Editorial de la Red Nacional de Investigación Urbana.
- MORALES, Ma. Dolores
 1981 “Francisco Somera y el primer fraccionamiento de la Ciudad de México, 1840-1889”, en Ciro F.S. CARDOSO, *Formación y desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX*. México: Siglo XXI Editores.
- PERLÓ COHEN, Manuel
 1999 *El paradigma porfiriano. Historia del desajuste del Valle de México*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa.
- RADKAU, Verena
 1984 “*La fama*” y la vida. *Una fábrica y sus obreras*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Cuadernos de la Casa Chata, 108).
- REYES, Aurelio de los
 1996 *Cine y sociedad en México, 1896-1930: vivir de sueños*, vol. 1. México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ROMERO, Héctor Manuel
 1987 *Historia del transporte en la Ciudad de México. De la trajinera al metro*. México: Departamento del Distrito Federal-Secretaría General de Desarrollo Social.
- ROMERO FLORES, Jesús
 1953 *México, historia de una gran ciudad*, prólogo de Guillermo IBARRA. México: Ediciones Morelos.
- SOTOMAYOR DE ZALDO, Arturo
 1970 *Curso de historia de la Ciudad de México*. México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.
- VÁZQUEZ SANTA ANA, Higinio
 1925 *Canciones, cantares y corridos mexicanos*. México: s.e.

LA HISTORIETA, MIRILLA DE LA VIDA COTIDIANA EN LA CIUDAD DE MÉXICO (1904-1940)

THELMA CAMACHO MORFÍN

Facultad de Filosofía y Letras,

Universidad Nacional Autónoma de México

NUESTRA PROPUESTA ES ADENTRARNOS EN LA VIDA COTIDIANA mediante dos ejemplos de historietas. Por un lado, las realizadas en el taller de litografía de la compañía cigarrera El Buen Tono por un equipo de dibujantes bajo la dirección y con las ideas de Juan B. Urrutia, las cuales se publicaron en cinco colecciones de litografías editadas en el periódico *El Imparcial* entre 1904 y 1914,¹ y *Ranilla*, una serie que lleva el nombre de su protagonista y que circuló en 1922 en el diario *El Universal*;² el segundo caso es la historieta *Mamerto y sus conocencias*, publicada en *El Universal* de 1927 a 1940, y que fue elaborada en equipo por Jesús Acosta, quien hacía los textos, y Hugo Tilghmann, a cargo de los dibujos.³

Las historietas elaboradas por Urrutia, inspiradas en estampas francesas, nos ofrecen una visión de la vida cotidiana desde la percepción del creador popular que manifiesta, por un lado, una enorme capacidad de observación y de conocimiento de la Ciudad de México y, por otro, una interpretación crítica de las innovaciones y una explicación tradicional de su mundo. Esta visión se contrapone con *Mamerto y sus conocencias*, inspirada en el *comic* norteamericano y realizada después de la Revolución. A tono con el nacionalismo de la época, participa en la codificación del charro como el arquetipo nacional. Sus autores tenían una actitud distante y crítica frente a los migrantes del campo a la ciudad.

La comparación entre ambas creaciones es pertinente pues permite, por medio de la confrontación de los temas comunes de ambas historietas, ver cómo se fueron introduciendo en la vida cotidiana de la Ciudad de México los cambios que imponía la modernización. Estas fuentes proporcionan matices que nos permiten ver que los cambios en los roles sociales y de género, la vida doméstica y el ocio, se realizaron de manera gradual y desigual en los distintos sectores de la clase media.

El texto está dividido en tres secciones. La primera se ocupa de la socialización y en ella se desglosan los roles sociales y de género. Una segunda sección da cuenta de la

vida doméstica de las casas de vecindad que retratan los autores de las historietas; también se analiza la comida, la bebida y los estimulantes. El tercer apartado se ocupa del tiempo de ocio, las fiestas cívicas y religiosas y los deportes.

SOCIALIZACIÓN

Roles sociales

En las historietas de *El Buen Tono*, publicadas de 1904 a 1922, Urrutia presenta personajes de todos los estratos sociales, sin embargo, no todos captan su atención de la misma manera; mientras la clase media está descrita profusamente, la élite y los pobres están vistos de manera superficial.

En las historietas se denomina aristócratas tanto a los mexicanos ricos como a los extranjeros con título nobiliario, clase social vista de lejos y mencionada sólo con alusiones, y que incluso sirve para delimitar la escala social: “Y era de verse cómo afluyendo pueblo y aristocracia...”. Algunos episodios se ubican en ambientes o con personajes de esta clase social: en una Navidad en la casa de los Melado, a la que asiste la “flor y nata de la aristocracia metropolitana”, el historietista echa mano de su universo laboral y pone al fotógrafo o contador de *El Buen Tono* como invitado y protagonista; llama la atención que mientras los demás invitados usan frac, el personaje principal viste de traje, característico de la clase media. Otro episodio transcurre en la casa de los marqueses del Guijarro, pero ahí el papel principal lo tiene la cocinera y los marqueses son únicamente una referencia. En un episodio de *Ranilla*, publicado en 1922, el protagonista convive con la aristocracia, come con los condes del Fideo, asiste a una tertulia en la casa de la marquesa del Arvejón, personajes sólo descritos y dibujados sin detalles, que enmarcan las acciones y el lucimiento de *Ranilla*, quien pertenece a un estrato bajo de la clase media y vive en una vecindad carente de baño y agua entubada.

Esta visión de la élite no dista mucho de aquella que presentarán, a finales de los veinte y en los treinta, Tilghmann y Acosta en *Mamerto y sus conocencias*, con la diferencia de que ellos incluyen en la nobleza a los nuevos ricos, cuyo ejemplo máximo es el protagonista de la historieta. En consecuencia, *Mamerto* es nombrado el rey del pulque y convive con el conde del Pedregal, el marqués de San Juanico y el duque de Cerro Gordo.

Urrutia realiza una descripción minuciosa de la clase media, la representa con su forma de vida, valores y costumbres. Describe como una de sus principales aspiraciones el ascenso social por medio del enriquecimiento, manifiesto de manera muy clara cuando los protagonistas logran hacerlo, la mayor parte de las veces, de manera gratuita.



A las ordenes del doctor.

Este descubrimiento hizo que al final de cada cigarrillo, la señora fuera apretando poco á poco los cordones y al día siguiente, la gente se detenía á admirar aquella nueva Vénus de Milo, cuya cintura podía caber holgadamente en la sortija de una niña.

"EL BUEN TONO," S. A., tie GRANDES PREMIOS, PA

Tercera colección de historietas ilustradas de El Buen Tono, núm. 18.



En los círculos del bello sexo se notaba grande agitación, porque "desde la princesa altiva, a la que pesca en ruin barca" no hablaban más que de Ranilla.

Ranilla, núm. 3.

OSAS DE "RANILLA" - Nº 23 - Busque Ud. el Nº 24.



Mientras reposaba, dió un vistazo a la prensa, encontrándose con una nueva desagradable: las bombas de la Condesa, adelantándose a la acción oficial, habiendo condenado al estado extra-seco, a la metrópoli.



Confirmando la mala nueva, la agitación de las comadres, que rodeando la fuente, protestaban con gritos desatemplados de la ausencia absoluta del agua.

Ranilla, núm. 23.

A Cañuela, por ejemplo, un amigo le regala un billete de la lotería de El Buen Tono, con el que obtiene el premio mayor. No obstante, estas ilusiones de enriquecimiento y ascenso social rápidos también reflejan la inestabilidad económica de esta clase, tanto en la familia Tirilla, “que por su desgracia ha venido a menos”, como en los esposos Pasa-lagua, a quienes “desgraciadamente la invención de la falda pantalón les sorprendió en circunstancias aflictivas”.

El afán de guardar las apariencias también es característico de este estrato social y el vehículo de esta pretensión es, en muchas ocasiones, la moda. Bulnes caracterizó a esta clase como la que gasta en mal comer y en vestirse lo mejor posible a la parisien-se.⁴ Urrutia presenta personajes como la familia Tirilla, que a pesar de su descenso económico “le ha quedado el hábito de seguir los caprichos de la moda”, y los esposos Pasa-lagua, quienes “se han distinguido siempre por su ferviente culto a la moda, y aun a costa de los mayores sacrificios están siempre dispuestos a seguir los caprichos de la extravagante diosa”.

El historietista muestra como otra de las formas de presunción de la clase media la organización de fiestas: Peneque, pretendiente de Chita Bolillo, monopoliza las posadas, aunque “para hacerse de recursos tuvo que empeñar hasta el monóculo, pero deseoso de hacer ostentación de su esplendidez [sic], se obstinó en que se invitara [sic] a sus rivales[...]”. En la época, para nadie era un secreto este alarde a costa de la propia economía; Porfirio Díaz define como una de las características de este estrato social “gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer ‘posadas’ y fiestas onomásticas”.⁵

El racismo de la sociedad de principios del siglo xx se traduce, como lo muestra Urrutia, en la necesidad de los miembros de la clase media de aclararse la piel por cualquier medio; así tenemos a Zopilote, quien “había nacido pasadito de tueste”, y había intentado de varias maneras cambiar su color, hasta que fumó cigarros de El Buen Tono y con ellos se blanqueó primero él, después su esposa y luego su pequeño hijo. Una vez que ha descubierto la forma de extender la raza blanca va con el antropólogo Johnston, quien había predicho la desaparición de la misma, y le demuestra que no hay a qué temer, al tiempo que le enseña cómo tres personas se volvían blancas.

En las vecindades conviven varios estratos de la clase media, lo cual se percibe tanto en el tipo de casa (de una o varias habitaciones) y la indumentaria (algunos personajes visten a la moda, otros usan vestido de lunares) como en las alusiones a la economía; por ejemplo, se menciona que Postema, muchacho pobre, se enamora de la hija del prestamista de la vecindad.

El estallido y el triunfo de la revolución maderista no cambian en nada los tipos sociales de las historietas de El Buen Tono. Sin embargo, el levantamiento zapatista contra el régimen de Madero hace aparecer entre los individuos de clase media la figura del

cesante en dos historietas editadas en 1912: Bodoque, veterano de oficina, es despedido acusado de ser zapatista; el burócrata Telera pierde su empleo en forma semejante.

Dentro de la clase media rural, Urrutia destaca al payo o rancharo acomodado que viaja a la capital. Son notorios dos ejemplos: Tránsito Pachulí, “laborioso agricultor” que visita la capital “tan lleno de ilusiones como provisto de níckeles [sic]”, y los Raposa, “acomodados vecinos de Cuernámaro” a quienes se critica porque tienen dinero pero no pueden dejar atrás su provincialismo. Estos personajes serán representados con frecuencia en la historieta posterior a la Revolución; *Mamerto y sus conocencias*, publicada entre 1927 y 1940, se ocupa de ellos. Los protagonistas, Mamerto y Ninfa, payos que migran de Chupícuaro a la Ciudad de México, se establecen sin renunciar a su cultura campirana; Mamerto siempre viste traje de Charro y Ninfa, falda larga con delantal y se peina de trenzas; hablan un español muy deformado y jamás logran adaptarse por completo a la vida en la ciudad, ya que todo lo interpretan por medio de su visión provinciana. Es significativo que la mayor parte de los episodios muestren como ridículo el ascenso social de este tipo de personajes, sin una cultura cosmopolita que les permita integrarse al mundo urbano y remontar sus orígenes.

Mamerto y Ninfa conviven con nuevos personajes que ascendieron en la escala social gracias a la Revolución, como el diputado Chicote y el general Balarrasa, figuras destacadas del nuevo régimen al que deben el disfrute de la más completa impunidad. Chicote es el primero que recibe a Mamerto, lo invita a beber con otros diputados, van a una cantina y se emborrachan; al salir realizan una competencia: “compañeros, probemos



Mamerto y sus conocencias. El Universal, 15 de septiembre de 1940.

nuestra puntería viendo si le pegamos a aquel que va en la esquina”; cuando los policías acuden a detenerlos, por armar escándalo en la vía pública, se defienden alegando que tienen fuero; Mamerto queda como chivo expiatorio. Cuando lo llevan ante el juez, éste enfatiza la mala fama de los diputados: “Dime con quién andas y te diré quién eres... Métnlo a la celda inmediatamente”.

También el general Balarrasa abusa de su condición de militar; cuando acude a liberar a Mamerto arma dos balaceras, una en la cárcel para sacar a su compadre y otra en una cantina para festejar esa acción. El general es un personaje que presume de culto sin serlo, así afirma: “Bien dicho, el respeto al derecho ajeno es la paz; como dijo mi cuate Napoleón cuando descubrió la América”.

Los gemelos Pioquinto y Canuto, hijos de Ninfa y Mamerto, representan la siguiente generación; el primero es ranchero como sus padres y, como ellos, incapaz de superar sus orígenes. Canuto es el pocho que estudia y se casa en Estados Unidos; cuando hace su primer viaje a México es ya un profesionista plenamente educado y un hombre de negocios. En su segundo viaje a México ya está casado con una norteamericana y al hablar mezcla frases y palabras del inglés. En esta historieta se denota el ascenso social producto de la Revolución y la aparición de nuevos roles dentro de la clase media.

En las historietas de El Buen Tono, los más pobres aparecen únicamente como parte del paisaje, así vemos en segundo plano mujeres descalzas cubiertas con un rebozo donde llevan un niño, vendedoras de plaza que expenden las mercancías en el suelo, indígenas cargando bultos en su mecapal, hombres vendiendo charamuscas en las esquinas. Ninguno es protagonista de una historieta. Se presenta a este tipo social incluso en escenas que ocurren en otros países: en París se muestra a una mujer descalza, cubierta con un rebozo y con una canasta en la mano.

En *Mamerto y sus conocencias*, los más pobres ya no sólo son aquellos indígenas que venden en la calle, su lugar lo toma el pelado como representante del pobre urbano; son los pobres quienes ofrecen droga a Mamerto, pero únicamente constituyen un elemento más del paisaje urbano. En la historieta, los indígenas son empleados domésticos, que aparecen esporádicamente.

Roles de género

En la sociedad porfiriana, el ideal es la mujer hogareña, abnegada, dependiente, sin iniciativa, toda ella sumisión y prudencia.⁶ A ese ideal lo rebasan los cambios económicos y sociales, que favorecen su incorporación al trabajo remunerado.⁷ Poco a poco gana los espacios considerados privativos de los hombres.

Una de las manifestaciones de este cambio es la polémica que se desarrolla, desde principios de siglo, en torno al papel de la mujer en la sociedad. La actitud frente al trabajo femenino no es uniforme; hay quienes consideran que las mujeres y los hombres sólo pueden vivir como complementarios al haber sido determinados: ellas para la reproducción, ellos para el trabajo. Una posición menos extremista divide el trabajo externo en labores para hombres y mujeres; a ellas se les constriñe a los campos de la cultura, la educación, la costura, la moda, la venta al menudeo (actividades similares a los quehaceres del hogar) y al trabajo en fábricas textiles y de tabaco. La incursión femenina en otro tipo de labores se considera un símbolo de masculinización.⁸ Por último, el feminismo de orientación estadounidense promueve el trabajo externo de las mujeres y busca que los hombres participen en las labores hogareñas (exceptuando la de nodriza). Esta posición fue la que más espantó a los hombres de la época, quienes consideraban que los roles sexuales se invertirían.

Las jóvenes constituían el ideal de mujer de la época: mujeres bellas que aspiraban a un matrimonio con un hombre mayor en edad, estatura y estudios; ellas debían ser de constitución física delicada y dependientes de la economía del varón. En el aspecto psicológico, debían poseer sentido del humor, ser amables, sumisas y no enojonas, al-

borotadoras ni revoltosas. Sus armas principales eran la coquetería y la lealtad, una de sus máximas cualidades.⁹

Tanto en las historietas de El Buen Tono, publicadas en las primeras décadas de la centuria pasada, como en *Mamerto y sus conocencias*, que se difundió de 1927 a 1940, la mayoría de las mujeres jóvenes aparecen de forma incidental, lo que determina que no tengan una actuación independiente y que estén en función de los personajes masculinos que las rodean. La mayor parte de las jóvenes sirven para mostrar el éxito de los varones en el cortejo; Pomona, la novia de Ranilla, no se convierte en un personaje independiente, lo mismo ocurre con las numerosas mujeres a las que pretende Mamerto. A su vez, la vestimenta es un elemento muy importante para distinguir a la mujer ideal, pues para cumplir con ese modelo era necesario



Ver al mancebo con aquella indumentaria y sentir deseos de extrangu-larlo era todo uno; pero la neurótica Virí se sintió tan emocionada, que Chacaltianguis, considerándose dese-chado, encendió un cigarro REINA VICTORIA para disimular su despecho.

Tercera colección de historietas ilustradas de El Buen Tono, núm. 52.



Ranilla, núm. 10.



Tercera colección de historietas ilustradas de El Buen Tono, núm. 85.

vestir meticulosamente a la moda. En ellas se observaba el dinamismo de ésta: en las primeras décadas del siglo usaban corsé y vestidos largos y entallados en la cintura; en los veinte, las *flappers* usaban vestidos cortos y sueltos, y hacia la década de los treinta el vestido se vuelve a entallar y se alarga un poco. A pesar de que la moda cambió mucho entre 1904 y 1940, no se puede decir que su uso estuviera generalizado en toda la sociedad. Las mujeres no siempre vestían a la moda: en las historietas de El Buen Tono muchas mujeres aparecen vestidas con falda larga, blusa de lunares, delantal y en ocasiones rebozo, y peinan sus trenzas con grandes moños. Sin importar el largo de la falda que estuviera de moda ni si el cabello se usaba largo o corto, ésta era la indumentaria con la que Urrutia representa a las obreras de El Buen Tono entre 1904 y 1914 y la que portan las mujeres pobres en la serie *Ranilla* en 1922. A finales de los veinte y en la década de los treinta, Ninfa, la esposa de Mamerto y ejemplo de los inmigrantes campiranos, lleva la misma ropa y arreglo de cabello.

Es probable que, además de esta actitud de conservación del vestuario tradicional, se haya tendido a adoptar algunos de los vestidos de moda en el vestuario popular, como lo presenta en 1940 un episodio en que Mamerto corteja a la nana de un bebé, mujer de pueblo con una figura apegada al ideal de belleza (alta, facciones finas y esbelta), quien viste un vestido estampado, entallado, de manga corta y escote en “v”, que corresponde con la moda de principios de los años cuarenta, y encima de él trae un rebozo y se peina con dos trenzas con moños. Es muy probable que



Mamerto y sus conocencias. El Universal,
29 de septiembre de 1940.

ocurriera lo que aún sucede: generalmente la gente adopta de la moda lo que se acomoda a su economía y a sus gustos.

Los autores de las historietas ponen como atractivo visual en sus creaciones a las mujeres jóvenes vestidas a la moda, sin embargo, no dejan de divertirse al crear situaciones graciosas en torno a las mujeres que no cumplen con este ideal; así, generalmente las mujeres maduras están representadas con un gran colorido. Los autores de las historietas despliegan una enorme imaginación para describir y dibujar a aquellas mujeres no ideales. Una de las características que las distingue es

la fealdad, rasgo que se exagera y se resalta con descripciones de este tipo: “Margot Pinolillo era una de tantas señoritas que no tienen nada que agradecer a la naturaleza y que llegan a los cuarenta sin que nadie, ni aun por ociosidad, les haya dicho nunca: lindos ojos tienes”. Mamerto describe a su esposa como gorda y con boca de llanta.

Las actividades de las mujeres maduras no se restringían a las labores del hogar, por ello encarnaban los temores de los hombres de verse desplazados de la vida pública (laboral, política y profesional). La incursión femenina en esas esferas era vista por muchos hombres de la época como intercambio de los roles correspondientes a cada sexo, y con ello la feminización de los hombres y la masculinización de las mujeres; de ahí que en las historietas de *El Buen Tono* se las representara vestidas de hombre o se resaltarán sus defectos, con el fin de probar que estaban fuera de lugar cuando realizaban actividades que no eran las del hogar.

Urrutia presenta mujeres como tía Tonche, quien “se ha distinguido en el cultivo de las ciencias, las letras y las bellas artes, pero al fin hija de Eva, tiene un defecto capital: su insaciable glotonería”. Con esta descripción se deja bien claro que, a pesar de los méritos alcanzados por una mujer, siempre carga con algún defecto inherente a su naturaleza femenina, como la solterona doña Transverberación, mujer exitosa y trabajadora, propietaria de un restaurante “en el que ha hecho una bonita fortuna”.

Esta interpretación está igualmente presente en la historieta *Mamerto*. Ninfa, la esposa del protagonista, es la encarnación de este antiideal; es una mujer fuerte y más alta que su marido, que no se viste a la moda y evita que Mamerto le corte el cabello en los años veinte, época en la que estaba la moda de las *flappers*; es emprendedora, exitosa en los negocios y en casa ella tiene el poder y se da el lujo de trabajar como policía y de golpear



La vida de los esposos Borraja era un infierno, pues mientras Dn. Judas no quería abandonar el hogar, su mujer soñaba con viajes y aventuras y de continuo reñía con su marido porque éste no quería hacer el papel de Gulliver.

Tercera colección de historietas ilustradas de El Buen Tono, núm. 27.



Mamerto y sus conocencias. El Universal,
2 de febrero de 1930.

a su marido. Además, es muy orgullosa; cuando Mamerto regresa al rancho y se separa de ella, busca afanosamente cómo mantenerse para no pedirle nada a su marido y no humillarse. Al igual que Ninfa, la señora Borraja, de las historietas de El Buen Tono, es más alta que su marido y por ello manda en casa.

A pesar de que en las historietas analizadas aparece este tipo de mujeres, esto no quiere decir que se hubieran invertido los papeles de género en la sociedad mexicana. En primer lugar porque estos personajes femeninos eran la encarnación de lo indeseable en una mujer y, además, porque las mujeres aún carecían, en el ámbito nacional, del derecho a votar, y es muy probable, como lo presenta la historieta *Mamerto*, que no hubiera muchas alternativas laborales para ellas. Resulta significativo que a principios de los años cuarenta Ninfa busque trabajo y que, ante la imposibilidad para encontrarlo, decida disfrazarse de hombre para trabajar como taxista.

Los hombres no están al margen de estos modelos. En las estampas de El Buen Tono el ideal masculino es el hombre emprendedor, encarnado en los hombres pobres, quienes realizan un negocio que los lleva al éxito. La historia más lograda en este aspecto es la de Birrichaga, vecino del Pedregal, quien ante la falta de transporte en la Ciudad de México tiene la idea de unir escaleras con llantas, cuyo medio de propulsión eran los cigarrillos de El Buen

Tono. De esta manera logra restablecer el tráfico de la ciudad, gana dinero y pone en peligro de quiebra a la compañía de tranvías.

Ranilla, protagonista de la última colección de historietas de El Buen Tono, es un hombre emprendedor, con iniciativa, valiente y que tiene éxito con las mujeres; su desprecio al temor y su afán de alardear y demostrar con hechos su capacidad lo hacen verse en apuros ante la necesidad de ser infalible. En una ocasión fanfarronea al decir que escalar la Catedral es cualquier cosa para un hombre como él; sus enemigos lo retan y tiene que sostener sus palabras con hechos. Estas actitudes lo colocan en situaciones peligrosas que siempre sortea. Ranilla muestra los riesgos de una masculinidad basada en la fuerza y en la infalibilidad.

Los hombres que no corresponden al ideal son todos aquellos que no cumplen con estas características, aquellos que se visten a la moda, los que se dejan mandar por su mujer. Los antagonistas del ideal de hombre están representados por los jóvenes “gorritz”,

“gomosos”, “pollos” o “pisaverdes” (varones vestidos según los dictados de la moda), afeminados, con el traje exageradamente entallado en la cintura y a veces del brazo de alguien del mismo sexo. Muchos de sus contemporáneos consideran que estos hombres están tan empeñados en imitar “de una manera tan perfecta a las mujeres que casi lo han conseguido”.¹⁰

El colmo de la parodia de este tipo de hombre es el caso del señor Pasalagua, víctima de su afición por la moda, a quien su mujer despoja del pantalón debido a la feminización de esa prenda, lo que lo obliga a ceñirse la falda de medio paso de ella. El cambio de prendas también implica un cambio en los roles: en la penúltima viñeta puede apreciarse a la señora Pasalagua ayudando a su marido a subir una trajinera.

Mamerto es una mezcla de ese anti-ideal con el del charro enamorado y exitoso con las mujeres: por un lado, su mujer lo golpea y vigila que su conducta moral sea la de un marido fiel, por

Cualquiera diría que la aparición de la extravagante pareja iba á causar mala impresión en la calzada de la Viga; lejos de eso, los madrugadores paseantes gratamente sorprendidos acogieron al matrimonio con una ovación.



Y cuando los Pasalagua, entre vítores y aplausos se embarcaron en la canoa que se les tenía preparada, las bandas ejecutaron la marcha Real é innu



*Mamerto y sus conocencias. El Universal,
9 de febrero de 1930.*

otro, tiene un enorme éxito con las mujeres, con las que reafirma su hombría por medio de relaciones extramaritales. No obstante, las actitudes de su mujer lo conducen a una inversión de roles que a él le parece humillante: cuando Ninfa ingresa a la policía, Mamerto se queda en casa y realiza las labores domésticas; mientras barre se lamenta: “Caray..., eso de que mi vieja se haiga metido de cuico está de los diablos/... En el inter que ella está paradota en una esquina yo aquí haciéndola de mujer...”.

Estas historietas reflejan el miedo latente de que el trabajo de la mujer fuera

de casa invirtiera los roles de cada género y el hombre perdiera su masculinidad, temor compartido por muchos de los hombres de la época y manifiesto en la actitud de Pica-toste, a quien “traía fuera de quicio la invención del pantalón femeníl; pues qué, ¿las mujeres, después de invadir nuestro sitio en talleres y oficinas, todavía aspiran a usurpar la única prenda de uso exclusivamente masculino, el pantalón?”.

Los roles de género estaban bien codificados en las primeras décadas del siglo xx, sin embargo, cada vez se alejaban más de las situaciones reales que vivían las mujeres y los hombres de la época, por ello en estas historietas se enfatiza el antiideal, que busca mostrar lo que no se debía hacer y termina por dar cuenta de la diversidad de formas de ser hombre y mujer en la época que nos ocupa.

EL ENTORNO DOMÉSTICO

La vivienda

En las historietas de El Buen Tono, publicadas entre 1904 y 1922, la casa se representa fragmentariamente como una escenografía para los personajes. A pesar de esto, es posible reconstruir aspectos cotidianos de la vida en las vecindades donde habitaban los estratos bajos de la clase media urbana, grupo social al que pertenecían los autores de estas creaciones.

En un mismo edificio, alrededor de un pasillo o patio central se agrupaban las puertas de las distintas viviendas, cada una numerada en orden progresivo. El pasillo



Segunda colección de historietas ilustradas de El Buen Tono, núm. 43.



El compadre Coyote. El Nacional,
6 de febrero de 1938.

era el lugar de convivencia de los vecinos, de plática de las mujeres y de juego de “chicos desarrapados”. En él se encontraban espacios como el retrete, los tendederos y, en ocasiones, los braseros para cocinar.

La mayoría de las viviendas estaban constituidas por un cuarto pequeño en el que se acondicionaban las áreas del comedor y del dormitorio; obviamente, el mobiliario era muy sencillo. En el espacio destinado para dormir destacaba, en primer término, la cama con la cabecera pegada a la pared y por lo general en ésta se colocaba una imagen religiosa. Debajo de la cama había una bacinica. La presencia de este artículo nos permite deducir que el cuarto carecía de excusado o letrina, lo cual hacía necesario que este objeto estuviera a la mano, en caso de no poder salir al baño común situado en el patio. Junto a la cama había un buró y, sobre éste, un candelero con una vela. Aun cuando la luz eléctrica se introdujo en México en 1888,¹¹ al parecer en las vecindades no se había generalizado, pues incluso en habitaciones en las que había focos se procuraba tener una vela en el buró. Esta resistencia al uso del foco será satirizada en la historieta *El compadre Coyote*, de Salvador Pruneda, de 1938, al ser motivo de burla y sinónimo de una actitud retrasada que el Coyote pretenda prender un foco con cerillos como si fuera una vela.¹²



LA SERIE *HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA EN MÉXICO* ES EL RESULTADO DE un esfuerzo colectivo que busca abrir caminos para la comprensión de lo cotidiano en todas las épocas de nuestra historia. El proyecto surgió en 1998 en un seminario de investigación de El Colegio de México, y creció para convertirse en una empresa compartida por varias decenas de investigadores de instituciones nacionales y extranjeras. Así, la obra resultó una suma original de temas y enfoques, un mosaico en el que podemos mirar nuestro pasado de una manera distinta.

El volumen se asoma a la cotidianidad de la Ciudad de México al inicio del siglo xx a la manera en que las historietas captaron aquella, así como a la imagen de la niñez en los anuncios medicinales periodísticos de principios de siglo. Del mismo modo, se muestra la forma en que la fotografía, el cine y la televisión captaron y transmitieron la historia de esta urbe.

